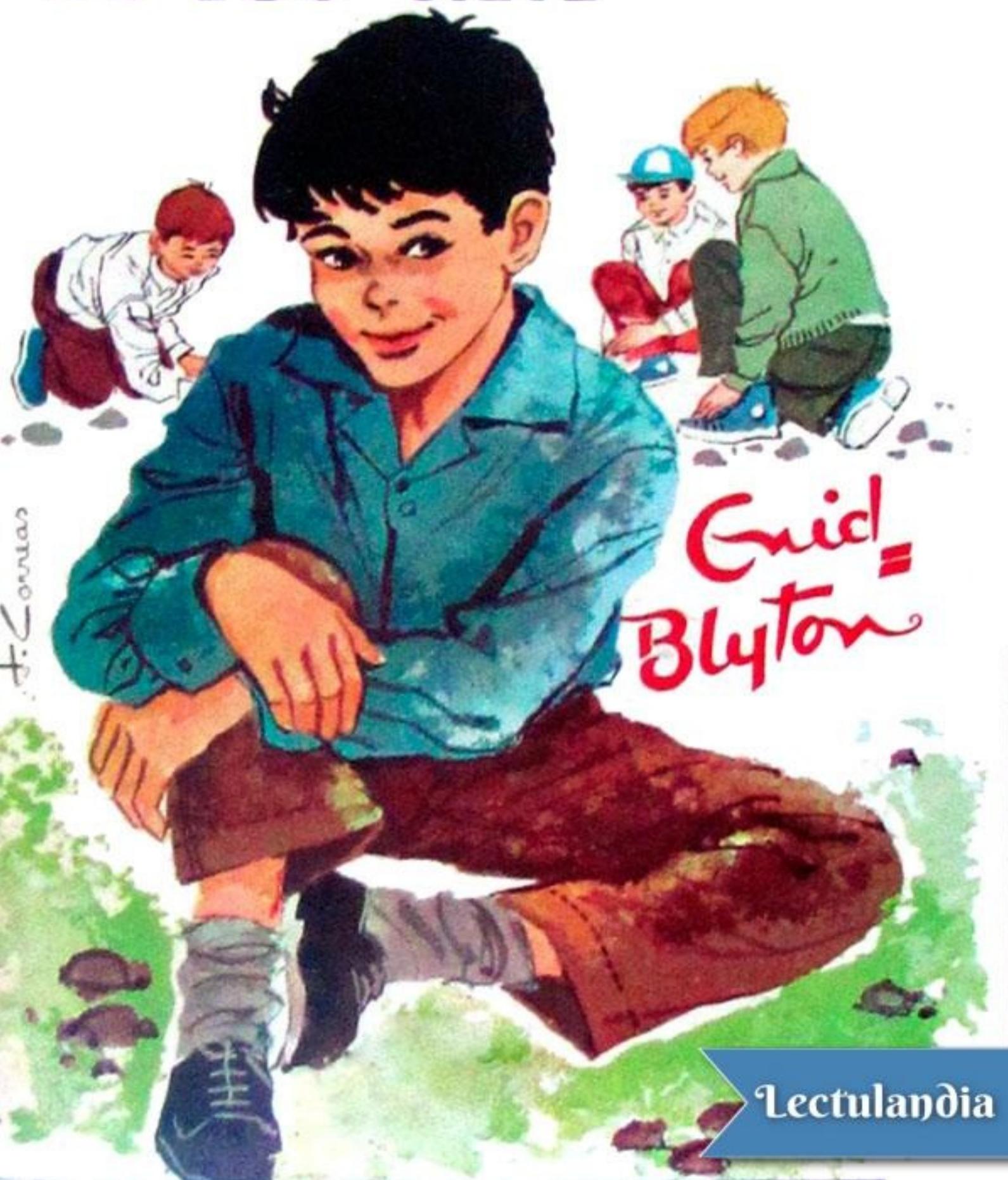


LOS FORMIDABLES CHICOS DEL CLUB DE LOS SIETE



Enid
Blyton

Lectulandia

Esta vez Sussy se ha salido con la suya: los Siete Secretos la han admitido en su cobertizo. ¿Por qué este milagro? Pues porque ella también tiene derecho a disfrutar del catalejo que su tío le regaló a Jack y que éste ha decidido dejar en el local del Club. ¡Cuántas visitas al cobertizo! ¡Hay tantas cosas que mirar! Jorge observa las gaviotas, Collin, los aviones supersónicos y Janet, el paisaje. Un día, mientras Janet admira el viejo castillo de Torlins, ve a un hombre ocultarse en su torre. El Club tendrá que investigarlo. ¡Pero cuidado, Siete Secretos, Sussy y Binkie están al acecho! Además las ruinas de Torlins son muy peligrosas...

Lectulandia

Enid Blyton

**Los formidables chicos del Club de
los Siete**

Siete Secretos - 12

ePub r1.1

Titivillus 14.09.15

Título original: *Good old Secret Seven*

Enid Blyton, 1960

Traducción: Federico Ulsamer

Ilustraciones: Burgess Sharrocks

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



LOS FORMIDABLES CHICOS DEL CLUB DE LOS SIETE

by Enid Blyton

Illustrated by Burgess Sharrocks



C. S. S. significa «CLUB SIETE SECRETOS».

Ésta es la duodécima novela de Enid Blyton para la colección «SIETE SECRETOS».

Los títulos son:

El Club de los Siete Secretos.

Una aventura de los Siete Secretos.

¡Bien por los Siete Secretos!

Los Siete Secretos sobre la pista.

Un misterio para los Siete Secretos.

¡Adelante, Siete Secretos!

¡Buen trabajo, Siete Secretos!

El triunfo de los Siete Secretos.

Tres «hurras» para los Siete Secretos.

Un rompecabezas para los Siete Secretos.

Los fuegos artificiales de los Siete Secretos.

Los formidables chicos del Club de los Siete.

Un susto para los Siete Secretos.

¡Cuidado Siete Secretos!

Los Siete Secretos se divierten.

Todos estos libros tienen por protagonistas a los siete mismos personajes y a su perro, *Scamper*, pero cada volumen constituye una aventura completa e independiente. Yo confío que éste os guste tanto como los demás.

Enid Blyton
=

Se convoca una reunión

Una mañana, al salir del colegio, Peter fue en busca de su hermana Janet.

—Oye, Janet: voy a convocar una reunión de los Siete Secretos para mañana por la mañana. A Jack le ha hecho su tío un regalo estupendo y nuestro amigo quiere que todo el club disfrute del obsequio.

—¿Qué le ha regalado? —preguntó Janet—. ¿Algún juego nuevo?

—No. Ya lo verás; ten paciencia —contestó Peter—. Es una sorpresa de Jack, no mía. ¿Quieres escribir las citas en punto? Para las diez en punto. A Dios gracias, mañana es sábado.

—¡Guau! —Ladró *Scamper*, pues también a él le gustaban los sábados, ya que sabía que era el día que pasaba más tiempo con sus amitos.

—Sí, sí, tú también tomarás parte en la reunión —dijo Janet, acariciando el sedoso y dorado pelaje—. Pero, ¿sabes el santo y seña, *Scamper*?

—¡Guau, guau! —repuso *Scamper* inmediatamente.

Los dos hermanos se echaron a reír.

—¡Exacto! La contraseña es «¡Guau, guau!» —exclamó Peter—. ¡Qué buena memoria tienes, *Scamper*!

El perro movía la cola, repitiendo, rebosante de satisfacción:

—¡Guau, guau!

—¡Calla, *Scamper*! —le ordenó Janet—. Puede oírte esa antipática y entrometida de Sussy.

Sussy era, como todos sabemos, la hermana de Jack. No pertenecía al Club de los Siete Secretos, pero lo deseaba con todo su corazón. Siempre estaba espiándoles para averiguar las contraseñas convenidas y, cuando empezaba a investigar, no había modo de ponerle freno.

Janet garabateó cuatro notas, para Colín, Jorge, Pamela y Bárbara, y exclamó:

—Ya están. Las llevaré yo misma en «bici». No hace falta que cite a Jack, ya que, en realidad, es él quien convoca la reunión. ¿No te parece? Oye, ¿traerá mañana el regalo?

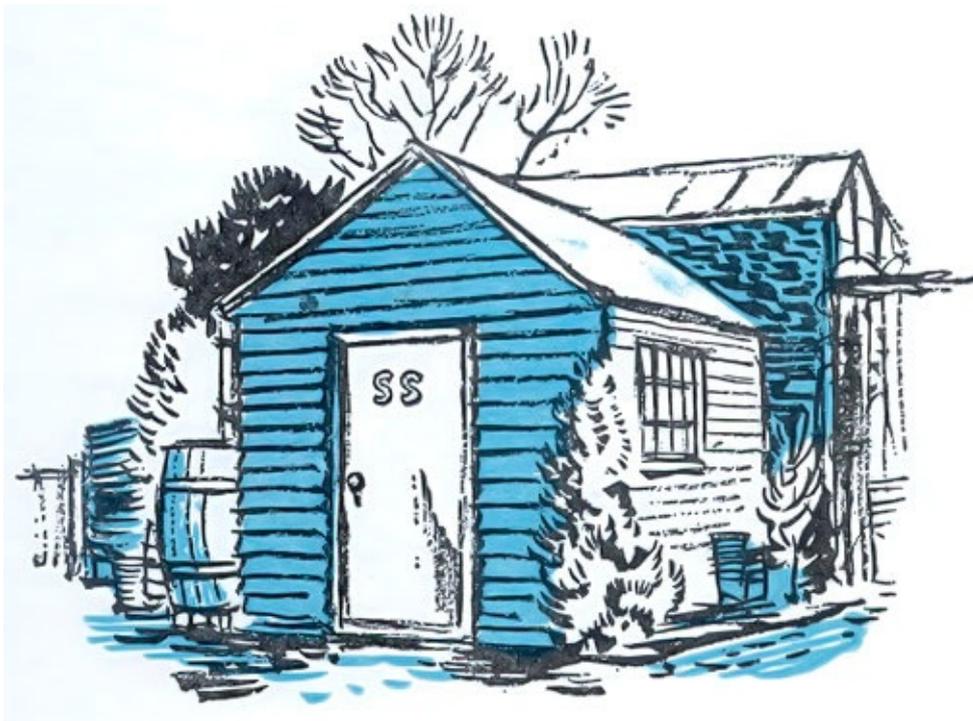
—Sí —dijo Peter—. Ahora voy a limpiar el cobertizo en que nos tenemos que reunir y pediré a mamá que nos dé algo para comer. Me parece que la cocinera ha encendido hoy el horno; así que le hablaré también a ella de nuestra reunión.



A la mañana siguiente, a las diez menos cuarto, los dos hermanos ya estaban ante la puerta del cobertizo. Llevaban muchas cosas.

—Lo he limpiado todo —dijo Peter—. El jardinero se llevó dos de las viejas macetas que empleábamos como sillas, pero las sustituiremos con dos cajones que he encontrado.

En la puerta del cobertizo se destacaban las tres grandes letras «C. S. S.»: las iniciales del Club de los Siete Secretos. Janet y Peter se quedaron mirándolas, embelesados.



—¡Los Siete Secretos! —exclamó Janet—. ¡El mejor club del mundo! ¡Cuánto me alegro de que volvamos a reunirnos! ¡Llevamos tantas semanas sin reuniones y tan ocupados con los estudios!

Entraron y cerraron la puerta. Ahora ya no podría entrar nadie sin dar el santo y seña. Peter dejó las cosas que llevaba y miró, satisfecho, en todas direcciones.

—¿Verdad que se nota mi trabajo? Limpié hasta las ventanas. Da gusto estar en este cobertizo.

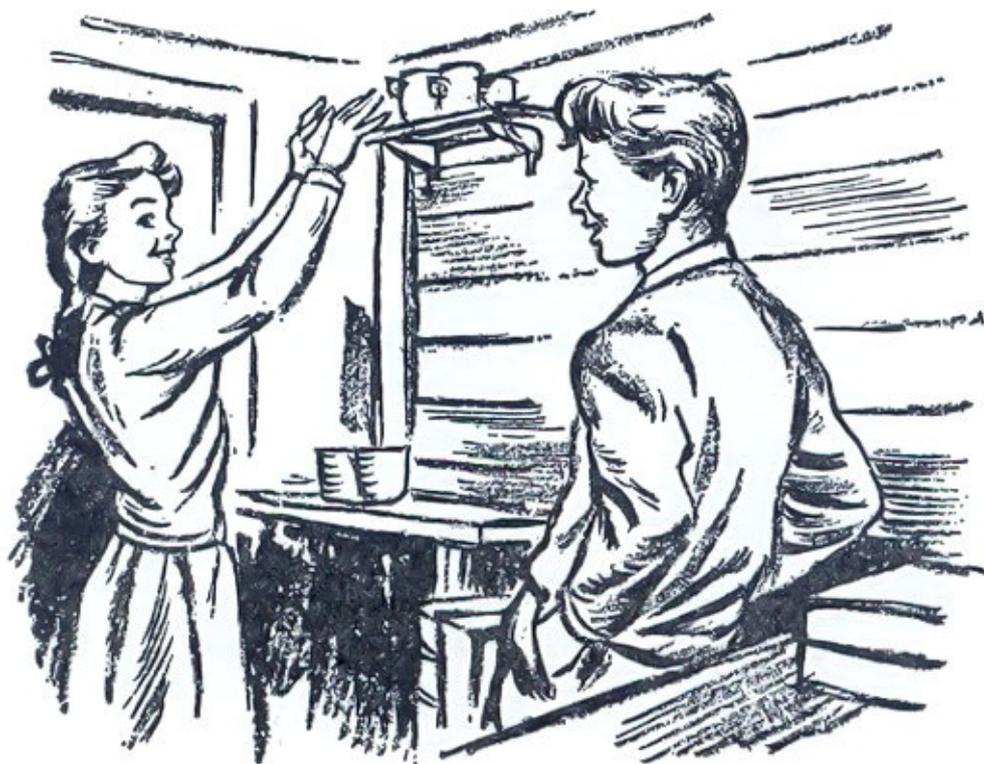
El cobertizo estaba adosado al invernadero, de modo que se beneficiaba de su calefacción. Ese calorcillo resultaba sumamente agradable, pues era noviembre y los días empezaban a ser fríos de verdad. Janet se dispuso a bajar las tazas y platos de la repisa.

—A mamá le ha parecido que, con este frío, lo mejor es que tomemos cacao caliente —dijo la chica—. Lo prepararé cuando estén todos aquí y vaya a empezar la reunión. Supongo que Jack será el primero en llegar con su misterioso regalo. ¿Qué será? ¿Dónde está *Scamper*?

—No lo sé —repuso Peter—. No ha venido con nosotros. Seguro que está dando la lata a su querido enemigo, el gato de la cuadra. Nunca ha podido atraparlo, pero no pierde la esperanza.

—Mira lo que nos ha dado la cocinera —dijo Janet mostrando a su hermano un recipiente lleno de buñuelos—. Están calentitos, recién salidos del horno. También hay bizcochos para todos.

—¡Qué simpática es esa mujer! —exclamó Peter olisqueando las golosinas—. Un día de estos le regalaré una medalla. Prepáralo, Janet. Pronto estarán todos aquí. Confío en que no hayan olvidado la contraseña. ¿Oyes?, ya llega el primero. Seguro que es Jack.



La terrible Sussy

Un puñetazo sacudió estrepitosamente la puerta y Peter exigió:

—El santo y seña.

—«Guau, guau» —contestó una voz casi gritando.

—Entra —dijo Peter—. Pero recuerda que no debe decirse la contraseña de modo que se oiga en una milla a la redonda.

—Lo siento —dijo Jorge, sonriendo—. Es que me sentí perro. Os confieso que he tratado de imitar a *Scamper*.

—Pues no lo has conseguido —contestó Janet—. Se notaba que ladrabas tú. Siéntate. Esperábamos que llegara primero Jack, pues así lo prometió. Tiene una sorpresa para todos.

«¡Pam, pam!», volvió a oírse en la puerta.

—¡Santo y seña! —exclamó Peter.

—«Guau, guau».

—«Guau, guau».

Y, acto seguido, entraron Pamela y Bárbara con las caras radiantes.

—¡Hola! —Exclamaron—. ¡Qué bien! ¡No somos las últimas!

¡Pam, pam!

—Debe de ser Jack —dijo Janet, cuando Peter pidió la contraseña.

Pero no era Jack, era Colín.

Éste entró y cerró suavemente la puerta.

—Se os saluda a todos —dijo—. ¡Qué bien se está aquí, con este calorcito! ¿A qué se debe la reunión? ¿Hay algo extraordinario?

—Sí —repuso Peter—. Jack me pidió que os convocara. Tiene que enseñarnos una cosa. No comprendo cómo es que no está ya aquí. Son más de las diez y él prometió llegar antes que nadie.

—Apuesto la cabeza a que su hermana, esa inaguantable Sussy, le ha entretenido para que no llegue a tiempo —dijo Pamela.

—Sussy no debe de saber nada de la reunión —opinó Peter—. Estoy seguro de que Jack no le ha dicho ni una palabra de esto.

—¡Ya está aquí! —exclamó Bárbara, al oír de nuevo unos pasos que se acercaban al cobertizo.

Alguien descargó un golpe tan tremendo en la puerta, que todos dieron un salto. Antes de que Peter pudiera pedir la contraseña, una voz dijo claramente:

—«¡Guau, guau!».

—¡Adelante! —exclamó Peter, seguro de que se trataba de Jack.

Pero, al abrirse la puerta, se quedó estupefacto. Era Sussy, que les miraba a todos burlonamente.

—Gracias por haberme invitado a vuestra reunión —dijo.



Y, después de cerrar la puerta, se sentó en un cajón antes de que nadie tuviera tiempo de impedirselo.

—¡Eres una atrevida, Sussy! —Exclamaron a la vez Janet y Peter.

Janet abrió la puerta mientras decía:

—No tienes ningún derecho a estar aquí, pues no perteneces al Club de los Siete Secretos.

—Os aconsejo que me admitáis —dijo Sussy—. Mi madre ha dicho que el regalo recibido por Jack de nuestro tío Bob ha de servir para recreo de los dos. Y como él va a venir a enseñarlo, yo he venido para compartir su alegría en este momento.

Se oyeron pasos en el sendero. Alguien se acercaba, cargado con un extraño objeto de forma alargada.

Resonaron unos golpes enérgicos en la puerta, seguidos de la contraseña dicha con no menos energía.

—«¡Guau, guau!».



Esta vez sí que era la voz de Jack. Tenía el mismo sonido que la de Sussy, lo que explica que la hubieran confundido.

—¡Adelante! —dijo Peter.

Y Jack entró transportando con gran cuidado el extraño objeto. Clavó una mirada feroz en Sussy.

—¿Cómo es que Sussy sabe la contraseña, Jack? ¿Se la has dicho tú?

—No —dijo Sussy—. Es sencillamente que me he escondido entre las matas, y la he oído decir a los que han ido llegando. No me mires con esa cara, Jack. Bien sabes que mamá ha dicho que el regalo es también para mí.

—¿Por qué no la echamos? —preguntó Pamela, que no tenía ninguna simpatía a Sussy—. Sólo piensa en fastidiarnos.

—¡Probad a echarme y veréis! —exclamó Sussy hecha una fierecilla y desafiándolos a todos—. No es que me guste oír vuestras tontas conversaciones, es que quiero disfrutar del regalo como todos vosotros. Quiero, y tengo derecho.

Peter la miró, desesperado. ¿Qué podían hacer con una chica tan pelma como Sussy? Si la echaban, armaría tal alboroto que la madre de Peter bajaría para ver qué pasaba, y no hay duda de que la buena señora les obligaría a soportar a Sussy para que también ella gozara del regalo.

—Mañana vendrá mi amiga Binkie a pasar el día conmigo —dijo Sussy—. Le he prometido que disfrutará conmigo del regalo. Ya sabéis a quién me refiero: a mi mejor amiga.

—¿Binkie? —exclamó Jorge, horrorizado—. ¿Esa chica de cara de conejo? ¿Esa mema que por nada suelta su risita que parece el grito de una rata...?

Todos gruñeron. Si Sussy y Binkie eran por separado la antipatía personificada, cuando se reunían formaban una pareja inaguantable.

—Bueno, ¿qué vais a hacer: echarme o dejarme asistir a vuestra reunión?

Peter tomó al fin su decisión. De ningún modo podía tolerar que Sussy asistiera a una reunión de los Siete Secretos. Pero tampoco podían echarla: armaría un alboroto

de padre y muy señor mío. La solución era dar por terminada la reunión, diciendo que sólo habían ido allí para cambiar impresiones acerca de lo que podría ser el regalo.

—Doy por terminada la reunión de los Siete Secretos —dijo con voz recia—. Vamos todos a casa y veremos el regalo en el cuarto de jugar. No quiero extraños en nuestras reuniones secretas.

Se levantó solemnemente y todos siguieron su ejemplo. Todos menos Sussy, que dijo:

—Está muy bien; tú has ganado. Pero, escuchadme un momento. Quiero que conozcáis mi opinión sobre el regalo.



El regalo

Pero antes de que Sussy empezara su explicación, oyeron pasos junto a la puerta del cobertizo, y, luego, como si alguien hurgara en la tierra.

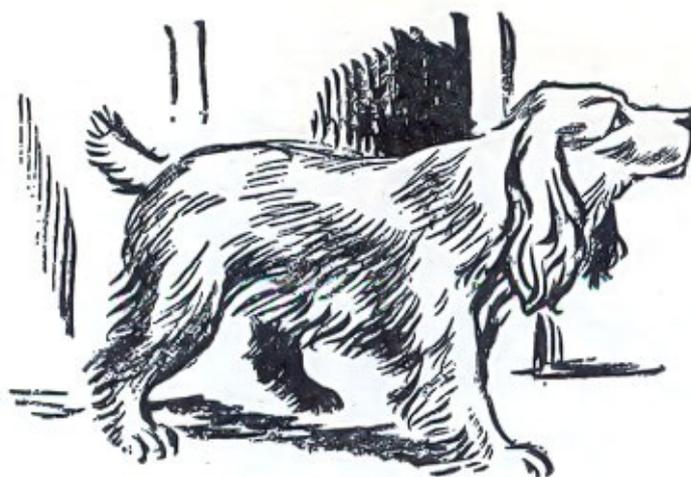
—¡Santo y seña! —exigió Peter.

Y una voz perruna respondió:

—¡Guau, guau, guau!

—Entra, *Scamper* —dijo Peter—. Pero te advierto que te has pasado de listo, pues no hacían falta tantos «guaus». Bien que recuerdes la contraseña, pero no que la tripliques.

Todos se echaron a reír, incluso Sussy. *Scamper* entró y fue lamiendo, uno tras otro, a los siete miembros del club. Estaba entusiasmado. Al fin, se echó a los pies de Peter.



—Has llegado tarde, *Scamper* —le dijo su amo—. Pero no importa, porque ya he levantado la sesión. Y ahora, Sussy, si tienes algo que decir, dilo en seguida y vete.

—De acuerdo. Escuchad. Eso que Jack ha traído es un regalo de tío Bob, que fue marino: un catalejo, y de los buenos.

—¡Un catalejo! —Exclamaron los Siete, entusiasmados.

En efecto, era un catalejo. Jack lo sacó del estuche mientras Sussy seguía diciendo.

—Pues bien; Jack decidió traer el aparato aquí para que os sirviera de entretenimiento a todos vosotros. Pero mi madre dijo que el deseo de tío Bob era que tanto Jack como yo disfrutáramos de tan importante regalo. Y yo no veía el porqué de que vosotros hubierais de tener la exclusiva. En seguida me di cuenta de que no lo volvería a ver si pasaba a ser propiedad de vuestro club y lo instalabais en este cobertizo. Por eso empecé a discutir con Jack.

—¿A discutir? Te pusiste a vociferar como un demonio —la interrumpió Jack.

—Bien, como quieras. El caso es que mamá nos oyó, y vino a ver qué pasaba. Me

dio a mí la razón, pero también dijo que los Siete Secretos podíais divertirlos mirando por el catalejo. Jack se puso hecho una furia. Dijo que yo no tenía derecho a tocar el catalejo y que lo quería para él y sus amigos. Mientras Jack discutía con mamá, me he escabullido y he venido aquí para plantearos la cuestión a vosotros.

—Y me he quedado solo con mi madre, que estaba indignadísima. Yo no sabía cómo solucionar este asunto —confesó Jack—. Siento de veras lo ocurrido. Yo quería dejar el catalejo aquí, para que todos vosotros pudierais mirar por él y ver las cosas lejanas: los coches que pasan por la carretera, el castillo de la colina, las urracas que anidan junto al estanque. ¡Cómo nos habríamos divertido!

—¡Sí, claro! Te habrías divertido tú, pero no yo —replicó Sussy—. Además, ¿qué le digo yo a Binkie? Porque si tú deseas que Peter y Janet y tus demás amigos se diviertan mirando por el catalejo, también tengo derecho yo a compartir esta diversión con mi amiga.

—Estoy seguro de que Binkie no tiene la menor idea de lo que es un catalejo —gruñó Jack—. Su cabeza está llena de serrín. Ni siquiera sabrá qué hacer si se ve delante del catalejo.

—Bien, escuchadme —dijo Peter, tomando rápidamente una decisión—. Te lo digo con franqueza, Jack: creo que debes compartir el disfrute del catalejo con Sussy, puesto que es de los dos y tu madre te lo ordena. Pero eso no impide que lo tengamos en el cobertizo a disposición de todos para utilizarlo cuando se quiera y no sólo durante las reuniones.

—En este caso —advirtió Jack— tendríamos que cerrar con llave el local del club, ya que el catalejo es un objeto de mucho valor, según dice mi tío. Y si lo hacemos así, Sussy tendrá que saber dónde está la llave.

—Mientras no interrumpa nuestras reuniones como ha hecho hoy —dijo Peter—, no hay inconveniente en que sepa dónde está la llave. Tenemos que jugar limpio en esto, Jack. Estoy seguro de que si a mí me hicieran un regalo tan magnífico, mi madre querría también que lo compartiese con Janet. Hemos de ser generosos.

—Conforme —dijo Jack sonriendo—. Pero no me pidáis cuentas si Sussy y Binkie nos espían, van por ahí dando chivatazos y se burlan de nuestras contraseñas y demás secretos del club.

—Ahora vamos a merendar —dijo Janet—. Después de haber comido, nos sentiremos mucho mejor. Ven tú también, Sussy. Los contratiempos despiertan el apetito.

—Yo no tengo apetito —dijo Sussy—. De todas formas, te agradezco la invitación, Janet. Vine a reclamar mis derechos sobre el catalejo..., pero sé cuándo molesto.

—Espera un momento —dijo Colín, viendo que Sussy estaba a punto de echarse a llorar a pesar de la entereza que aparentaba—. Antes de marcharte, hemos de ponernos de acuerdo sobre el escondrijo de la llave para que tú sepas dónde está.

—Ya me lo dirá Jack —contestó Sussy, mientras corría hacia la puerta—. ¡Adiós!

No os preocupéis por mí. Tengo a mi amiga Binkie.

Y salió dando un portazo tan fuerte que *Scamper* se levantó de un salto y empezó a ladrar. Jack miró a sus compañeros, avergonzado de su hermana.



—Sussy tiene un carácter insoportable —dijo—. Os pido perdón por la lata que os ha dado.

—No hablemos más de Sussy —dijo Janet—. No creáis que se ha ido por despreciar nuestra invitación. Ha huido porque estaba a punto de echarse a llorar. Yo en su caso habría hecho lo mismo. Es muy desagradable que se nos escapen las lágrimas a la vista de todos.

Nadie volvió a nombrar a Sussy. Los Siete Secretos se sentaron a merendar y *Scamper* participó en el banquete. Se sentía feliz saboreando las golosinas de la merienda y husmeando el extraño instrumento traído por Jack.

—Cualquiera diría que sólo a *Scamper* le interesa mi catalejo —observó Jack—. Los demás no le habéis hecho el menor caso. ¡Tan emocionado como estaba yo al pensar la alegría que iba a daros!

Peter le dio un golpecito en la espalda, mientras le decía:

—Nos interesa a todos; y mucho. También nosotros estamos emocionados. Ahora

veremos el catalejo con tranquilidad y disfrutaremos todos del maravilloso regalo.

El catalejo maravilloso

Al fin se deshizo el paquete, y todos los miembros del club se agruparon en torno del aparato, mientras Jack acoplaba las piezas del largo tubo y explicaba el manejo del catalejo.

—No os podéis figurar el alcance que tiene este catalejo. Esta mañana, antes de venir, miré por él y vi ese espantapájaros que está a casi un kilómetro de distancia. Incluso distinguí un pajarito que se había posado sobre el sombrero.

—¡Eso es estupendo! —exclamó Janet, entusiasmada—. Montémoslo en el jardín: así podremos ver más cosas.

Montaron el catalejo, con su pequeño trípode, de modo que el tubo pasaba sobre la valla del jardín. Jack demostró su inteligencia y su maña al colocar la lente y las diversas piezas del instrumento, así como al ajustar el enfoque para obtener una visión perfecta.

—Ya está perfectamente preparado —declaró Jack mientras aplicaba el ojo al visor—. He pasado un buen rato observando aquella casita que se levanta al borde del desnivel. Ahora miradla vosotros, pero os agradeceré que antes me digáis lo que veis a simple vista.



—Pues yo veo la choza, naturalmente —dijo Pamela—, y también algo que hay en el jardín, pero no distingo lo que es.

—Y alguien viene por el camino, me parece a mí —añadió Bárbara—. Y ya no puede verse nada más.

—Bien. Mirad ahora por el telescopio y veréis como distinguís muchas más cosas —dijo Jack—. Tú primero, Peter, ya que eres el jefe del club.

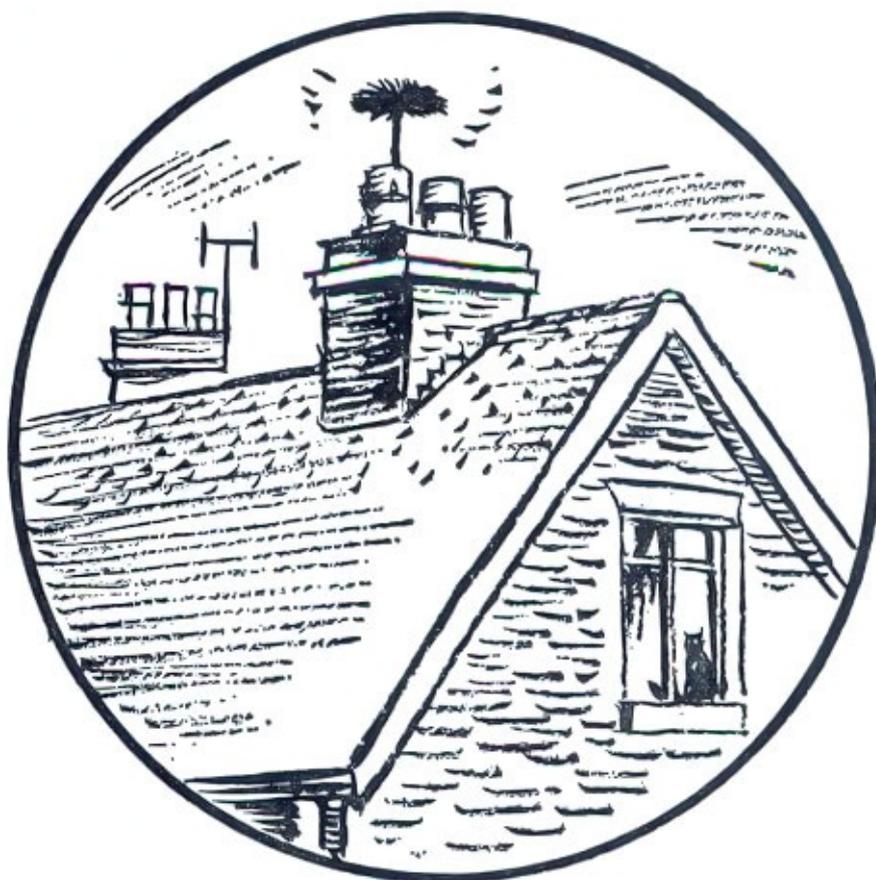
Peter aplicó el ojo al ocular e inmediatamente empezó a gritar:

—¡Oh, Jack! ¡Esto es maravilloso! ¡Veo a la señora Haddon como si la tuviera

ante mis narices! E incluso distingo el botijo que lleva en la mano. Y hay alguien en el jardín. Además, veo perfectamente el oso de trapo de su hijo: está en el suelo, en el fondo del jardín. Y también...

—¡Quita! ¡Ahora me toca a mí! —gritó Janet, impaciente—. ¡Oh! ¡Cuántas cosas veo! Hay algo encima de la chimenea. Debe de ser el cepillo del deshollinador. Sí, es el cepillo... Y también veo un gato echado en el alféizar de la ventana. ¡Oh, Jack, esto parece cosa de magia! ¡Es como si mis ojos pudieran ver a gran distancia! ¡Oh! ¿No os sentís felices de poder disfrutar de esta maravilla? ¡Cómo nos vamos a divertir!

Jack estaba satisfechísimo del efecto que el catalejo había producido, uno tras otro, a todos los miembros del club, a medida que habían ido aplicando el ojo al ocular.



—¡Desde luego, nos vamos a divertir de veras! —exclamó Jack, orgulloso—. Podremos divisar a los pájaros y seguir sus juegos. Podremos ver de cerca los aviones que pasen. Podremos...

—¿Se puede saber qué estáis haciendo ahí fuera con este frío? —gritó de pronto una voz—. ¡Vais a coger todos un resfriado! ¿Qué es ese tubo?

—Un catalejo, mamá —gritó Janet—. Es de Jack, pero lo presta al club para que todos lo podamos utilizar cuando queramos.

—Eso me parece muy bien —dijo la madre—. Pero ¿sabéis lo tarde que es?

—¡Es verdad! —dijo Jack—. Debemos guardar el catalejo e irnos a casa a comer. Ayúdame, Colín; haz el favor.

Pronto estuvo guardado el catalejo en el cobertizo, cuidadosamente enfundado y a salvo de todo riesgo.

—Verdaderamente, Jack —dijo Peter—, eres muy amable al poner a disposición del club tu regalo para que todos lo podamos utilizar cuando se nos antoje. Pero yo creo que sería mejor para todos que Janet o yo respondiéramos de él, ya que se queda en nuestra casa. Así sabremos siempre quién lo utiliza.

—Eso quiere decir —dedujo Jorge—, que para usar el catalejo os tendremos que pedir permiso a vosotros. Pero ¿y si estáis fuera de casa? ¿No os parece preferible que todos sepamos dónde se guarda la llave del cobertizo para poder utilizar el catalejo cuando nos venga en gana?

—Tienes razón —admitió Peter—. Dejarme pensar un buen escondrijo para la llave. Ha de estar al alcance de nuestra mano y ser secreto para los demás. ¿Y si la escondiéramos debajo de esa losa que está exactamente delante del cobertizo? *Scamper*, tú te encargarás de vigilar para que nadie toque la piedra. ¿Entendido?

—¡Guau! —Ladró *Scamper*, muy serio y moviendo la cola.

Y observó atentamente cómo Peter deslizaba con gran cuidado la llave debajo de la piedra.

—Tendré que decirle a Sussy dónde está —suspiró Jack.

—Ya lo sé —dijo Peter—. Se lo hemos prometido. Sussy podrá entrar en el cobertizo para coger el catalejo. Ya procuraremos que no pueda descubrir ningún secreto del club. Dile dónde está la llave, pero adviértele que luego ha de volver a dejarla en su sitio.

—Perfectamente —dijo Jack—. Ahora hablemos de la nueva contraseña. Hemos de cambiarla, ya que Sussy conoce la última.

—¡Pues es verdad! —exclamó Peter—. Me había olvidado de este detalle. Pero esta vez no hay problema. La contraseña más lógica es «Catalejo», ¿verdad? Así, compañeros, el nuevo santo y seña es «Catalejo».

Cuando todos se hubieron marchado, regresaron a su casa Peter y Janet. *Scamper* les seguía moviendo la cola.

—¡Guau, guau!

Peter se echó a reír.

—No, *Scamper*, ésa es nuestra antigua contraseña. Tendrás que aprenderte la nueva.

Mirando por el catalejo

El catalejo tuvo un éxito extraordinario. Los Siete Secretos hallaron en él un juego apasionante. ¡Había tantas cosas que mirar, que anotar y que comentar! El ir y venir de los muchachos al cobertizo era incesante.

—Estoy escribiendo un trabajo sobre la vida de las gaviotas en invierno —dijo Jorge, al llegar un día a la hora del almuerzo, cargado de bocadillos.

—Voy a colocar el catalejo en dirección a los campos de tu padre para observar a esas aves. ¡Hay tantas gaviotas aquí en esta época del año!

Dicho esto, Jorge se sentó ante el catalejo y empezó a engullir bocadillos de jamón, mientras observaba a las inquietas gaviotas que picoteaban un campo recién labrado. No se libraba ni una sola de su inspección. Podía contemplarlas a su labor y distinguir todos sus detalles.

Colín observaba los grandes aviones supersónicos que continuamente pasaban por allí.

—Seguro que verás hasta la comida de los pasajeros —exclamó Janet, entusiasmada.

Pero a ella no le interesaban los aviones: prefería curiosear el panorama y observar a la gente que pasaba a pie o a caballo.

—¡Oh, Peter! Es como si pasaran por aquí mismo, por el jardín. He visto a la señora King montada en su triciclo, e incluso he podido contar las cebollas que llevaba en su red: una docena. También he visto a ese diablillo de Harry Jones correr al lado de un carro cargado de fruta y coger una naranja sin pararse.

—Te vas a convertir en una espía si no dejas ese fisgoneo —observó Peter—. Estoy seguro de que el pequeño Harry se horrorizaría si supiera que has sido testigo de sus fechorías.

El catalejo se utilizaba día y noche. Los Siete se maravillaban al ver tan de cerca la luna. Para observarla tenían que llevarse el catalejo a la casa, pues en el jardín hacía demasiado frío.

También Sussy acudía a menudo a utilizar el catalejo, sin olvidarse de llevar consigo a su amiga Binkie, que continuaba tan presumida como siempre. Cierta día sacaron la llave del escondrijo y se llevaron el aparato a un lado del jardín, colocándolo de modo que podían ver por encima del muro. Peter las vio y se acercó a ellas.

—¡Mira, Sussy; aquí está Peter! —exclamó Binkie haciendo aspavientos y fingiéndose asustada—, ¡no te nos comas, Peter! ¡De verdad que me das miedo! ¡Eres tan terrible!

—Sólo he venido para ver si sabéis manejar el catalejo —dijo Peter fríamente—. He pensado que Sussy podría necesitar mi ayuda.

Pero Sussy no lo oyó. Estaba mirando por el catalejo una cosa lejana y ponía en ello gran interés. Luego enfocó otro edificio.

—Allí está el señor Romeo pintando su invernadero —dijo—. Hasta veo que su escalera está descuajaringada... Ahora estoy viendo a la señorita Fellows, que está limpiando los cristales de sus ventanas por la parte de dentro... Voy a enfocar el tejado de aquella vieja casona que se asoma detrás de los árboles. Hay una claraboya... Se abre... Alguien sale al tejado... ¡Oh!... ¡¡Oh!!... ¡¡¡Oh!!!

Tales fueron sus gritos y sus espavientos, que Peter se asustó.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¡Déjame mirar a mi ahora!

Pero Sussy le dio un empujón y siguió con el ojo pegado al ocular.

—¡Alguien más ha salido por la claraboya! —gritó—. ¡Y persigue al otro!... ¡Oh! ¡El que huye se ha caído del tejado, Peter! ¿Qué hacemos? ¡Avisa a tu madre y vayamos a buscar ayuda para ese desgraciado!

—Mamá ha salido —dijo Peter, preocupado—. Iré yo mismo a ver qué puedo hacer. En la casa de enfrente vive un médico. Iré a avisarle. Ha sido una casualidad que estuvieras mirando en este preciso momento.



Y echó a correr jardín abajo. Pero cuando llegó a la puerta oyó algo que lo paró en seco. Era una estruendosa carcajada de burla.

Dio media vuelta. Estaba indignado.

—¿De qué te ríes, Binkie? Y tú, Sussy, ¿es verdad que has visto caer a alguien del tejado, o es una de tus mentiras? ¡Contesta!

—¡Bueno! Puede que no se haya caído —contestó Sussy—. Volveré a mirar.

Y, aplicando el ojo a la lente, volvió a observar.

—Aún puedo verlos. El pie del que huye se ha enganchado en el canalón. Ya llega el otro hombre. Ahora...

—¡Estúpida! —exclamó Peter, furioso—. ¡Todo ha sido invención tuya! Por poco

me cielo y voy a buscar a un médico para salvar a un herido que no existe. ¡Qué graciosa eres!

—¡Graciosísima! —contestó Sussy desternillándose de risa—. ¡Ha sido todo muy gracioso, Peter! ¡Si hubieras visto la cara de espanto que has puesto! Este catalejo es lo mejor del mundo. Estoy segura de que veré cosas aún más increíbles. Pero ahora te toca a ti, Binkie. A ver si tú también descubres algo interesante.

—¡Ahora mismo os vais a largar las dos! —dijo Peter, apoderándose resueltamente del catalejo—. Lo voy a guardar. No quiero que lo utilicéis para estas tonterías. ¡Hala, largo de aquí! ¡Hoy no quiero volver a veros!

Y era tan fiera su mirada y tan fuertes los ladridos de *Scamper*, que ya os podéis figurar, mis queridos lectores, lo que sucedió: Sussy y Binkie, por una vez, obedecieron sin rechistar.

Una cara en la ventana

Hasta que a Janet se le ocurrió dirigir el catalejo a las ruinas del castillo de Torlins, no sucedió nada emocionante. Del castillo sólo quedaban algunos paredones y una gran torre medio derruida en la que anidaban los grajos.

A Janet le gustaba ver estos pajarracos negros cuando, como ocurría a veces, volaban hasta la granja y asustaban a las gallinas con sus graznidos.

—¡Jac, jac, jac!! —Gritaban, persiguiéndose unos a otros.

Precisamente no hacía mucho que Janet había ido a pasear con Jack y Pamela por el campo para contemplar a estas aves. Y Jack les había hecho reír diciendo que le llamaban a él con sus graznidos de «¡Jack, Jack, Jack!».



—¿Qué quieres? —Preguntaba el muchacho cada vez que el grajo graznaba. Y las chicas se reían a carcajadas.

—Pronuncian mi nombre como el capitán de nuestro equipo de fútbol —añadió Jack.

—¡Jac, jac! —gritó en esto un grajo, ladeando la cabeza y mirando con atención a Jack.

—¿Veis? Ha entendido lo que he dicho —aseguró Jack entre las carcajadas de Janet y Pamela.

Janet sabía que los grajos anidaban en las ruinas de la torre y que precisamente en aquella época —era noviembre— los pequeñuelos ya habían dejado el nido y volaban con sus padres.

La pequeña colonia se había multiplicado durante el verano y, con toda seguridad, ya alcanzaba la cifra de un centenar de habitantes.

Janet podía verlos desde la ventana de su dormitorio, y más de una vez había sentido el deseo de que el castillo estuviera más cerca de su granja para poder observar con más detalle las piruetas de los negros pajarracos.

«Al fin lo he conseguido —pensó Janet—, ya que el catalejo nos lo acerca todo. Ha sido un regalo magnífico para el club. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes mirar con él a los grajos?».

Fue por el telescopio, no sin antes advertir a Peter, por si también él lo quería utilizar.

—Hace demasiado frío para que lo montemos a la intemperie —dijo Peter mientras sacaba la llave de debajo de la piedra—. Será mejor que lo instalemos dentro de casa. Yo lo llevaré. Lo pondremos en la buhardilla. Allí no estorbaremos a nadie. El ventanal da precisamente a la colina del castillo.

Pronto se hallaron en el desván, rodeados de trastos viejos. Janet aplicó el ojo al ocular del tubo que apuntaba con precisión a la cumbre de la colina. Los grajos revoloteaban alrededor de la torre. A simple vista, parecían cien puntitos oscuros en continuo movimiento. Observados por el catalejo, eran aves auténticas, pájaros con las alas abiertas, que trazaban círculos en el aire, subiendo y bajando entre la neblina de aquel día de noviembre. Parecían estar jugando al escondite. Se perseguían, subían, bajaban y lanzaban sus graznidos semejantes a carcajadas:

«¡Jac, jac, jac!».

Janet se echó también a reír.

Pero, de pronto, se quedó petrificada. Tenía la vista fija en la ventana más alta de la torre, pero no ya para observar el vuelo de los grajos, porque allí ya no había ninguno: habían huido todos, asustados por lo que de pronto había aparecido en la ventana. Era algo raro que se inclinaba sobre el alféizar.

«¿Qué será? —se preguntó Janet—. ¿Un gato? ¡No, es una cabeza de hombre!... Un hombre con sombrero... No, es una gorra lo que lleva... ¿Qué estará haciendo?».

La cabeza permaneció unos minutos en la ventana y desapareció. Janet sabía que aquellas ruinas eran peligrosas, que había escalones rotos en la escalera que conducía a lo alto de la torre y que pasaba tocando el muro.

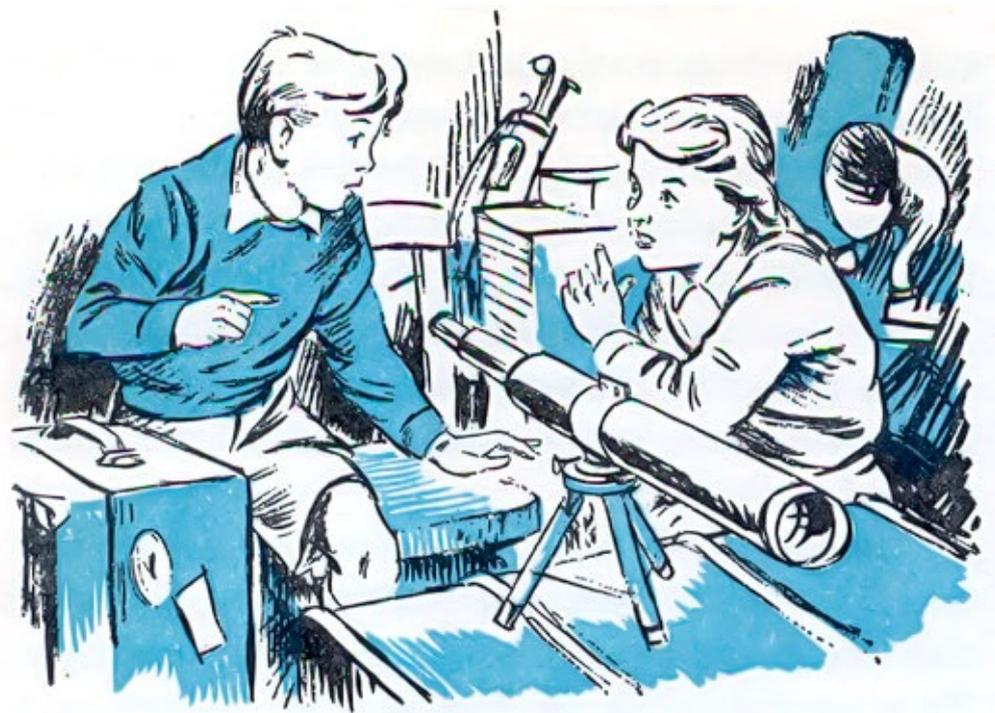
Se dijo que aquel misterioso individuo estaría bajando en aquellos momentos por los ruinosos peldaños. Bajó el catalejo y lo enfocó a las ventanas inferiores. El hombre pasó como una sombra tras ellas. Iba hacia abajo.

—¡Qué cosa tan rara! —exclamó la asombrada Janet—. ¿Qué hará ese hombre que se oculta en la torre del castillo? Es un peligro habitar en esas ruinas abandonadas, entre piedras sueltas. Tengo que contárselo a Peter.

Y en seguida fue a darle la noticia.

Peter subió corriendo al desván y Janet le explicó lo que había visto.

Peter miró por el catalejo, pero no vio nada de particular: sólo los negros grajos posados en los muros.



—El misterioso personaje está escondido en la parte baja del torreón —dijo Janet—. Por eso los grajos están tan tranquilos arriba. ¿Quién será, Peter?

—No tengo la menor idea —repuso Peter, perplejo—. No comprendo que a nadie se le ocurra habitar en ese castillo en invierno. Todo el mundo sabe que es peligroso acercarse a esas ruinas. Recuerda que en la primavera cayeron varias piedras de lo alto de la torre. ¿Estás segura de haber visto una cara en la ventana? ¿En qué ventana ha sido?

Janet se la señaló y Peter volvió a mirar por el catalejo. Después fue bajándolo. Y de pronto lanzó una exclamación.

—Sí, allí hay alguien. En la parte baja vi que una sombra se movía. Estoy seguro de que un hombre ha pasado a toda prisa por la parte interior del portal. No me extraña que los grajos hayan echado a volar asustados.

—Hemos de dar la noticia a los Siete Secretos —dijo Janet, emocionada—. Tal vez no sea nada, Peter, pero esto me huele a misterio, o algo que debe descubrir nuestro club.

Peter se echó a reír.

—Seguramente sólo se trata de algún vagabundo que no tiene dónde refugiarse.

—No importa —dijo Janet, muy seria—. Explicaremos el caso a los demás y ya veremos qué opinan ellos.

Sussy vuelve a ponerse pesada

Al día siguiente, cuando Peter volvía del colegio a su casa en compañía de Jack y Jorge, contó a sus amigos lo que Janet y él habían visto por el catalejo.

—Janet vio una cabeza de hombre cubierta con una gorra —explicó— y yo distinguí una forma humana tras el portal. Creo que en el castillo se oculta un hombre.

—Oye, Peter —dijo Jack—. Si estuviera escondido no se asomaría a la ventana ni pasaría junto al portal. Sin duda, lo que visteis fue un visitante pasajero.

—Nadie que se esconda en ese castillo tan solitario y lejano, puede creer que sea posible descubrirlo. Sólo con tu potente catalejo lo pudimos ver; a simple vista, nunca le hubiéramos descubierto.

—Tienes razón —intervino Jorge—. No habíamos caído en eso. El castillo está tan lejos, y tan solitario en lo alto de aquella pelada colina, que es muy natural que cualquiera que se esconda en él durante el invierno se crea a salvo de miradas indiscretas. Pero debe de hacer mucho frío allá arriba. ¿Dónde dormirá? ¿Qué me decís a esto?

—Tal vez abajo, en las mazmorras —dijo Peter con un escalofrío—. ¿Las habéis visto alguna vez? Se bajan unos cien peldaños y se encuentra uno en un lugar frío, oscuro, donde las voces retumban lúgubramente. Es un enorme sótano que servía de cárcel siglos atrás.

—¡Qué mala sería entonces la gente!, ¿verdad? —exclamó Jorge—. Yo no sería capaz de encerrar ni siquiera a un gato en una mazmorra.

—¿Y si fuéramos a echar un vistazo? —propuso Jack—. Nunca he estado allí.

—Como quieras. Pero mi padre dice que es peligroso andar por esas ruinas —observó Jorge—. Sin embargo, creo que en los lugares de mayor peligro hay un letrero que avisa a los visitantes. De modo que con dar un rodeo, asunto concluido. Todos somos prudentes. De lo contrario, Peter no nos hubiera admitido en el Club de los Siete Secretos.



Jack y Peter se echaron a reír.

—Has dicho una gran verdad —dijo Peter—. Ninguna cabeza loca puede pertenecer al C.S.S. En fin, iremos al castillo. Podemos ir en «bici» o a pie. ¿Qué preferís?

—En «bici» —repuso Jack—. No podremos subir en bicicleta hasta el castillo, pues la pendiente es demasiado escarpada y tendremos que trepar; pero ganaremos mucho tiempo si las utilizamos hasta llegar al pie de la colina.

—Conforme —dijo Peter—. Iremos el sábado por la mañana. Se lo diremos a Colín, pero no a las chicas: es una excursión muy pesada para ellas.

Pero las tres muchachas se enteraron y su opinión fue muy distinta a la de los chicos.

—¿Conque demasiado pesada? —dijo Janet a su hermano—. Me apuesto lo que quieras a que llego a la cumbre antes que tú si me lo propongo. Hemos de ir todos, incluso Pamela y Bárbara. Es un asunto de los Siete Secretos y nosotras también somos miembros del club. Además, fui yo quien descubrió al misterioso personaje del castillo, no tú.

—¡Bien, bien! —exclamó Peter, haciendo marcha atrás—. No te pongas así, que no es para tanto. Llamaré a Jack y le diré que será una salida oficial de los Siete Secretos y que tendremos que llevar la insignia del club.

Y Peter tuvo que telefonar a Jack para advertirle que irían también las chicas.

—¡Qué lata! —comentó Jack—. El camino es largo y tendremos que ir despacio para que ellas puedan seguirnos.

—Te estoy oyendo —le interrumpió Sussy desde la puerta de la sala en donde Jack hablaba por teléfono—. ¿Qué estáis preparando? Os vais de parranda, ¿eh? Me gustaría ir y llevar a Binkie. Sería una distracción para ella.

—¡Eso no puede ser! ¡No vendrás! Es una salida exclusiva del club y no podéis mezclaros. ¡Hala! Lárgate, que estoy telefoneando.



Dicho esto, se volvió hacia el auricular y continuó:

—Perdona, Peter. Sussy ha venido a fisgonear. Dice que quiere venir con Binkie.

—¡Qué disparate! —exclamó Peter al otro extremo del hilo—. ¡Eso ni pensarlo! No quiero que vengan. ¡De ningún modo!

—¿Has vuelto a ver al hombre que se oculta en el castillo? —preguntó Jack, sin darse cuenta de que Sussy estaba aún a sus espaldas.

—No nombres eso por teléfono —le reprendió Peter—. Es un secreto del club.

—Perdona —se excusó Jack humildemente—. Bueno, entonces quedamos en que nos encontraremos el sábado por la mañana frente a la puerta de tu jardín. ¿Vendrá *Scamper*?

—No, es una caminata demasiado larga para él. Y ahora adiós, Jack.

Sussy se precipitó sobre su hermano cuando éste colgó el auricular. Escondida detrás de un sillón, lo había oído todo.

—Conque espiándome, ¿eh? Eres inaguantable. ¡Te la vas a cargar!

Y salió de la habitación indignado.

—¿Quién se oculta en las ruinas del castillo? —preguntó Sussy impertérrita y yendo detrás de su hermano—. ¿Y por qué se esconde? ¿Qué demonios pasa? ¡Anda, cuéntamelo! ¿Cómo sabes todo eso? El castillo está demasiado lejos para que hayáis podido ver nada en él. No creo ni una palabra de lo que decís.

—Te olvidas de que tenemos un catalejo, señora Sabelotodo —repuso Jack fríamente, mientras Sussy hacía una mueca a su espalda.

—Bien, pues Binkie y yo también iremos. Seremos nueve secretos en vez de

siete. Ya estás avisado.

En las ruinas del castillo

Jack estaba convencido de que Sussy cumpliría su amenaza, de que ella y Binkie subirían al castillo con los Siete Secretos. Se tiraba de los pelos por no haberse dado cuenta de que su terrible hermanita se había escondido para escuchar su conversación telefónica.

Suspirando, desesperado, fue a ver a Peter. No se atrevió a telefonar de nuevo por temor de que Sussy volviese a oírle. Explicó a Peter el plan de Sussy.

—¡Buena la has hecho! —exclamó Peter, dándose a todos los diablos—. ¿A quién se le ocurre hablar de nuestros planes teniendo a Sussy al lado? Eres un asno. Pero no importa: retrasaremos en una hora la salida. Pero, por lo que más quieras, que no se entere Sussy de esto. Procura que crea que salimos una hora antes, como habíamos convenido.

Así, el sábado por la mañana, a las diez y cuarto, los Siete Secretos se reunieron frente a la casa de Peter. Todos se habían presentado con sus bicicletas y sus cestas con galletas y botellas de limonada para merendar. Esto último había sido una ocurrencia de Janet, que todos juzgaron acertada.

Jack fue el último en llegar, pedaleando velozmente.

—Siento haberme retrasado, pero he querido cerciorarme de que Sussy y Binkie no estaban espíandome para pegarse a mí.

—¿Dónde están? —preguntó Peter.

—No lo sé —repuso Jack—, pero sus «bicis» están en casa. De modo que podemos estar tranquilos. Pregunté a mamá dónde estaban y me contestó que les había oído decir que iban a ir de compras. En fin, que me parece que no hay nada que temer. Sin embargo, debemos vigilar para asegurarnos de que no nos siguen.

—Eso mismo —dijo Peter—. No quiero que se entrometan en nuestros planes.

Al no ver ni rastro de Sussy y Binkie, pronto se olvidaron de ellas. Por otra parte, se habían dicho que si sus bicicletas estaban en casa, no podrían seguirles hasta muy lejos.

Cuando llegaron al camino que subía en viva pendiente bordeando la colina del castillo, tuvieron que redoblar los esfuerzos. Todos sudaban pedaleando, y, uno tras otro, fueron bajando de sus máquinas para seguir la ascensión a pie.

La carretera ascendente no llegaba hasta el castillo, pero pasaba cerca de él. Un sendero que arrancaba de ella conducía al mismo pie de las ruinas, y cuando llegaron al cruce, los Siete dejaron sus bicicletas apoyadas en un seto y empezaron al trepar por la escarpada ladera siguiendo el pésimo camino.

No se olvidaron de llevarse las galletas y las limonadas para merendar en el castillo. Todavía faltaba bastante para llegar a la cumbre. Todos fijaban la vista en las ventanas del castillo mientras subían la pendiente. Deseaban y temían que alguien se asomara por alguna de ellas. Pero no vieron a nadie.



Los grajos trazaban grandes círculos sobre sus cabezas, mientras lanzaban agudos graznidos, asustados al ver tanta gente en sus dominios.

—¡Jac, jac!

Y Jack les decía:

—Tanto gusto en veros. ¿Cómo os va por aquí?

—¡Qué zángano eres! —exclamó Peter echándose a reír—. ¡Hay que ver cuántos hay!... Bueno, ¿ahora qué hacemos? ¿Echamos un vistazo al castillo? ¿Bajamos a las mazmorras para husmear? ¿Merendamos?

—Voto porque entremos y merendemos —dijo Bárbara—. Aquí fuera sopla el viento y hace demasiado frío. Además tengo hambre. Después podremos dedicarnos a indagar. ¡Ahora, a comer todo el mundo!

Todos aceptaron. Treparon por los derruidos escalones; atravesaron el amplio hueco donde tiempo atrás hubo enormes puertas y se quedaron parados en el espacioso vestíbulo, sorprendidos al ver en un lado grandes montones de ramas secas.

—¿Quién habrá dejado esto aquí? —preguntó Jack—. ¡Ah, ya comprendo! Los grajos anidan en la chimenea de la torre y estas ramas deben de haber ido cayendo de sus nidos año tras año.

Miraron hacia lo alto de la torre y pudieron ver el cielo a través de la gran boca de la chimenea por la que antaño debía de salir el humo del enorme hogar. Éste desaparecía ahora por completo tras el montón de ramas, de las que también se veían algunas esparcidas por el vestíbulo. Bajo los pies de los niños las resacas ramitas crujían ruidosamente.



En el fondo, sobre un portal de piedra labrada, había un rótulo de madera, de letras puntiagudas, que decía: «Peligro».

Los niños miraron por el hueco del portal y vieron una gran habitación con una pared peligrosamente inclinada. Parecía a punto de caer.

—Ahí no podemos entrar —dijo Jack—. Pero no creo que a nadie se le ocurra esconderse en esta habitación: es un escondrijo demasiado peligroso.

—¡Cuidado! —musitó Janet—. No habléis de eso en voz alta; si hubiera alguien escondido os oiría.

—Tienes razón —dijo Peter—. Vamos a ver otras habitaciones. Supongo que no todas estarán tan derruidas como ésta. Seguidme. Mucha atención. A ver si descubrimos alguna señal de que haya gente escondida aquí.

Un momento emocionante

En esto llegaron a un lugar oscuro que parecía una antigua cocina. Hasta entonces nada les había llamado la atención. Algo emocionante les esperaba. Jack se detuvo en seco, señalando hacia un rincón. Los demás miraron y vieron los restos de una hoguera; con troncos medio consumidos.

Pamela lanzó un grito ahogado al inclinarse sobre las brasas.

—¡Oh! Algunos troncos queman todavía. Esto quiere decir que hace poco el fuego estaba encendido.

Sus compañeros la hicieron callar mientras miraban a su alrededor, comprendiendo que el que había encendido el fuego debía de estar cerca.

Peter palpó los tizones. Sí, habían estado encendidos hacía poco. Además, presentaban indicios de haber sido apagados a toda prisa, a pisotones.



—Hablad en voz alta de cosas corrientes —ordenó Peter bajando la voz—, y, entre tanto, vigilad con disimulo.

Todos fueron en pos de su jefe de un lado a otro, y subieron unos escalones que conducían a una especie de hornacina donde había un banco de piedra. Allí encontraron un trozo de periódico y lo recogieron.

—¿De qué fecha es? Nos revelará si alguien ha estado aquí recientemente —dijo Colín abriendo el diario—. No nos dice nada. Es del 17 de septiembre. Demasiado atrasado.

—Lo dejaría algún excursionista otoñal —dijo Peter—. Sigamos la busca.

Pero, por mucho que buscaron, no encontraron nada importante: unas cuantas colillas, algunos fósforos gastados, bolsitas de papel que habían contenido caramelos... Los chicos estaban desilusionados.

—Nada de esto nos sirve —sentenció Peter.

—Propongo que nos sentemos a merendar —dijo Jorge, cansado de correr inútilmente de un lado a otro, y añadió—: Estoy cubierto de suciedad. Mirad mis manos.

—¿Conducirán a las mazmorras estas escaleras? —preguntó Bárbara.

Todos miraron a la muchacha. Ésta se hallaba debajo de un letrero pintado en la pared con letras blancas.

«Las mazmorras son peligrosas. Prohibido el descenso».

—¡Claro que sí, atontada! ¿No ves el letrero? —dijo Peter entre risas—. Desde luego, no bajamos. No debemos arriesgarnos a que nos caiga encima una pared. Por lo menos yo no tengo ganas de morir aplastado.

—Sentémonos en este banco a merendar —dijo Jack—. Voy a sacar las provisiones. ¡Qué castillo tan formidable! ¡Cuántas cosas misteriosas habrán ocurrido aquí desde que se construyó hace cientos de años!

Todos se sentaron en el banco, apretujándose para caber. El asiento era duro, frío y desigual, pero pronto se olvidaron de la incomodidad al saborear las exquisitas galletas y beber las limonadas.

—¿Creéis verdaderamente que puede haber alguien escondido cerca de nosotros? —preguntó Pamela en voz baja.

—Así parece —opinó Peter, también susurrando—. Quizás abajo, en las mazmorras. Ninguna persona consciente bajará a ellas después de leer la advertencia de peligro. Por lo tanto, es natural que el que se oculta en esos sótanos se sienta seguro.

—Sólo de pensar que haya un ser humano en un lugar tan tenebroso y sucio como esas mazmorras, me estremezco —dijo Bárbara, imaginándose un subterráneo lleno de telarañas y peligros—. ¡Vaya susto que nos llevaríamos si en este momento se oyera algún ruido allá abajo!

—No temas —dijo Jorge—. Puedes estar segura de que ahí abajo no hay nadie. Porque...

Se detuvo en seco. Un grito extraño había llegado a ellos. Todos lo oyeron y se levantaron asustadísimos. Parecía algo así como el lamento de un búho afligido.

—¡Ou, ou, ou, ou, ou!...

Pamela se asió a Bárbara con tal fuerza, que le hizo dar un salto.

—¿Qué es eso? ¿Habéis oído?

—¡Callaos y escuchad! Hay alguien en las mazmorras —dijo Peter.

—¡Ou! ¡Ouuuú! —Se oyó gemir de nuevo.



Pamela se estremeció y lanzó un grito tan fuerte, que todos se sobresaltaron. Se levantó del banco y echó a correr.

Jack hizo lo mismo y los demás empezaron a recoger sus cosas. De pronto, se oyó otro ruido que los paralizó a todos.

También procedía de las mazmorras.

¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!

—¡Huyamos! ¡Pronto! —ordenó Peter, empujando a Janet—. ¡A las «bicis»!
¡Corred!

—¿Son tiros? —preguntó Bárbara, muerta de miedo, mientras corría y oía nuevos estampidos.

—¡Quién sabe! —dijo Peter—. ¡Mirad! ¡Los grajos están más asustados que nosotros! ¡Corred! ¡A cien por hora! ¿Qué demonios ocurre en este castillo?

Otra reunión

Cuando llegaron sanos y salvos al sitio donde habían dejado las bicicletas, descansaron un poco mientras colocaban los cestos y las botellas en los portaequipajes. Peter empezaba a sentirse avergonzado de su precipitada huida.

—¿No os parece que los chicos deberíamos volver atrás para averiguar lo que eran aquellos ruidos misteriosos? ¡Pam, pum, pim! No creo que fueran tiros. Los estampidos de los disparos son mucho más fuertes.

—Vuelve tú si quieres —repuso Colín—. A mí no me gusta meterme en líos. Puedes llamar a la policía y ella esclarecerá el misterio. ¡A mí no me compliques! La hoguera apagada con tizones aún calientes y los ruidos procedentes de las mazmorras son datos suficientes para abrir una investigación policíaca. Nosotros debemos apartarnos a un lado.

—Celebremos una reunión —propuso Jorge— y en ella decidiremos lo que hemos de hacer. Sabemos que hay alguien en el castillo, pero no sabemos por qué se esconde ni por qué produce en las mazmorras los ruidos que acabamos de oír. ¿Quería asustarnos? ¿Tendrá algo escondido en esos sótanos?

—Reunámonos tan pronto como lleguemos abajo —propuso Janet.

—Si celebráis la reunión ahora, yo no podré asistir, pues tengo clase de música a las doce y cuarto —dijo Pamela, y añadió—: ¡No os reunáis sin mí, por favor!

—Bien —repuso Peter—. Entonces la sesión será a las tres de la tarde. Procurad recordar la contraseña y llevar la insignia.

—Yo no puedo asistir a esa hora —dijo Jack—, y Jorge tampoco. Los dos tenemos entrenamiento de fútbol. Deja la reunión para mañana por la tarde.

—Bueno —consintió Peter—. Mañana a las seis de la tarde nos reuniremos. Pero tenéis que ser puntuales. Y si esta tarde tengo tiempo, echaré una mirada al castillo con el catalejo. Allí ocurre algo raro, no me cabe duda.

Pedalearon camino de sus casas. Estaban algo avergonzados y arrepentidos del miedo que habían demostrado al no bajar a las mazmorras o, al menos, mirado desde arriba para ver si descubrían algo.

—Claro que sin linternas no habríamos visto nada —comentó Peter, interpretando el pensamiento de todos—. Los gritos parecían de búho, ¿verdad? Pero no, no eran búhos, pues los búhos ululan, pero no lanzan esos «¡pam, pam!» que parecen tiros.

Jack llegó a su casa deseando que Sussy y Binkie no hubiesen regresado todavía. Así, no le harían preguntas sobre su excursión al castillo. Al pasar, echó una mirada al cobertizo y vio que las bicicletas de Sussy y su amiga seguían allí.

—¡Menos mal! Como es sábado, deben de haber ido de compras.

Tan pronto como Peter llegó a su casa, sacó el catalejo al jardín, mientras *Scamper*, loco de alegría, danzaba alrededor de su amo. Al animalito no le había hecho ninguna gracia quedarse en casa toda la mañana. Había pasado las horas echado junto al fuego, medio dormido. Pero ahora era tan ta su alegría al ver de

nuevo a Peter y a Janet, que no podía estarse quieto.

Peter subió el telescopio a la buhardilla y lo colocó sobre el trípode. *Scamper* empezó a husmear la lente.

—Has de mirar con los ojos, no con el hocico —dijo Peter riendo, mientras aplicaba uno de los suyos al catalejo y enfocaba al castillo.

¡Dios santo! ¡En el portal se divisaba una sombra! ¡Era un ser humano; no cabía duda! Pero antes de que pudiera comprobarlo, *Scamper* dio un brinco para lamerle las manos y volcó el catalejo.

Peter lo riñó, indignado, y en seguida volvió a montar el catalejo. Al parecer, el aparato no había sufrido ningún desperfecto. Pero en el portal del castillo ya no había nadie.

—¿No podías haber esperado un poco para lamerme? —gritó a *Scamper*—. ¡Lo que faltaba! Ahora me llama mi madre. Cuando vuelva ya no habrá nada de particular.

Efectivamente, su madre le tuvo ocupado todo el resto de la mañana, y por la tarde hubo de hacer los deberes. No tuvo tiempo para ir a echar una mirada por el catalejo. Tampoco pudo hacerlo Janet.

Cuando al fin pudieron subir a la buhardilla, ya no vieron nada de particular. Desengañados, volviéron a guardar el telescopio en el cobertizo, y la llave en el sitio de costumbre.

—No te preocupes, Peter —dijo Janet—. Mañana celebraremos la anunciada reunión y yo tengo caramelos para endulzarla. Pasaremos un buen rato comentando nuestra aventura en el castillo.

El domingo por la tarde todos llegaron con puntualidad. La contraseña fue pronunciada cinco veces.

—«Telescopio...».

Jorge dijo que este santo y seña era más fácil de recordar que de olvidar. Cada cual ocupó su asiento en el interior del caldeado cobertizo. Peter echó una mirada a su alrededor para ver si todos llevaban sus insignias. Sí, en el pecho de todos destacaban las iniciales C. S. S.

Janet fue ofreciendo caramelos y se entabló la conversación sobre la visita al castillo.

—No hay duda de que alguien se oculta en esas ruinas por alguna razón —empezó a decir Peter— y que, como es natural, ese sujeto misterioso no quiere que se conozca su escondite. Por eso nos echó con sus extraños ruidos. Estoy avergonzado. Seguramente, al ver que éramos niños, comprendió que sus ruidos nos asustarían y que saldríamos corriendo como tontos al oírlos.

—Opino lo mismo —dijo Jack.

—Pero fue tan horrible aquella especie de aullido... —declaró Pamela estremeciéndose—. No volvería a ir aunque me diesen mil libras.

—Nadie ha pensado en ofrecértelas —dijo Peter—. Deja de temblar, serénate. Yo

creo sinceramente que fuimos unos cobardes.

—Tanto los ensordecedores estampidos —replicó Bárbara—, como los misteriosos aullidos, fueron para asustar a cualquiera.

—Escuchad —dijo Peter—. Yo no creo que...

Se detuvo en seco. No lejos del cobertizo se lanzaron dos o tres aullidos exactamente iguales a los que los Siete habían oído la mañana anterior.

—¡Ou!... ¡Ou!... ¡Ou!...

Todos se pusieron en pie inmediatamente.

Scamper corrió hacia la puerta ladrando, y empezó arañarla rabiosamente.

En el cobertizo hubo un silencio de muerte, sólo interrumpido por los arañazos de *Scamper*.

Los alaridos habían cesado. De pronto, comenzaron los estampidos.

¡Pam, pam, pam!

—Tengo miedo —susurró Pamela, abrazándose a Bárbara con tal violencia que casi la hizo caer.

—¡Ou! ¡Oou!... ¡Pam, pam! ¡¡Poom!!

Y a continuación oyeron un sonido que les era familiar: una risita mal contenida.

Jack y Peter lanzaron un grito de rabia y corrieron hacia la puerta.

—¡Son Sussy y Binkie! ¡Ese par de estúpidas, de necias, de imbéciles!

La puerta se abrió tan de repente, que las dos bromistas se vieron sorprendidas y se quedaron inmóviles, sin saber qué hacer. Jack apresó a su hermana. Binkie había echado a correr, pero volvió para no dejar sola a Sussy. A empujones, las hicieron entrar en el cobertizo y las obligaron a sentarse cada una en un cajón.

—Y ahora vais a contarnos qué significa todo esto —ordenó Peter, tan enfadado que las palabras se le enredaron en la boca.



Lo que Sussy explicó

—Si me pegáis, no diré ni una palabra —dijo Sussy—. Binkie y yo armaremos un escándalo si no os portáis bien con nosotras.

—¡Si no nos portamos bien! ¿Acaso merecéis otra cosa? Siempre os estáis entrometiendo en nuestros asuntos. Supongo que no tendrás el valor de negarlo. Pues fuisteis vosotras las que lanzasteis aquellos aullidos desde las mazmorras. Lo que no comprendo es como hicisteis aquellos «¡pams!» tan estruendosos.



—No fueron «pam», sino «pims»; o sea, no detonaciones, sino estampidos —Sussy soltó una risita burlona—. Fueron los mismos sonidos de globos estallando. Entonces Binkie lo pinchó con un alfiler y... ¡Plaf!

—Esto y nuestros aullidos es lo que os hizo echar a correr —exclamó Binkie con una mueca de burla, mientras volvía a colocar el alfiler en la solapa de su chaqueta—. Nuestros aullidos y nuestros estampidos debían de resonar lúgubrementemente al subir desde los sótanos por las escaleras de piedra...



—No debisteis bajar a los sótanos —les reprendió Peter severamente—. ¿No leísteis la prohibición sobre el portal? ¿O lo pusisteis vosotras mismas allí?

—No, palabra que no —dijo Binkie—. Es que no estaba cuando este verano fui al castillo con unas amigas, y esto nos hizo pensar que no debía de ser muy peligroso bajar. Además, estaba escrito a mano, y no impreso como los otros rótulos.

—Es verdad —recordó de pronto Jack—. También yo me fijé en ese detalle. ¿Acaso queréis decir que puede haberlo puesto el mismo que se esconde allí, para que ningún visitante baje a las mazmorras?

—Y evitar que le descubran —añadió Jorge—. Está visto que hay que saltarse a la torera los avisos como ha hecho Sussy.

—¿Visteis algo raro? —preguntó Peter, y añadió en tono de orden—: ¡Contadlo todo!

—Sí, vimos algo —manifestó Sussy—. Pero hasta que no nos lo pidáis como Dios manda, no lo contaremos.

Peter la miró indignado. ¡Qué chiquilla tan cargante! Sacaba de quicio a cualquiera. Sussy soportaba impasible su mirada. Al fin, dijo:

—Has de decirme: «Por favor, Sussy».

Peter no tuvo más remedio que doblarse. ¡Le importaba tanto saber qué había allí, en las mazmorras!

—Por favor, Sussy —dijo, pero en un tono lleno de arrogancia.

—¡No, así no! Lo has de decir con amabilidad.

—¡Sussy! —gritó Jack, harto ya—. Te voy a hacer picadillo como continúes por ese camino. ¡Vergüenza me daría a mí emplear ese tono con un amigo!

—Está bien —cedió al punto Sussy, temiendo que su hermano cumpliera sus amenazas si seguía irritándolo con su pesado juego—. Escuchad.

Todos escucharon atentamente el relato de Sussy sobre lo sucedido la mañana anterior. Binkie, que estaba a su lado, asentía de vez en cuando con la cabeza, mientras Sussy iba diciendo:



—Desde luego, sabíamos que ibais a ir todos al castillo y también que esperabais encontrar alguien oculto entre las ruinas. Lo oímos todo cuando Jack habló por teléfono. Entonces se nos ocurrió ir antes que vosotros para gastaros una broma.

—¿Pero cómo demonios fuisteis? —exclamó Jack—. Vuestras «bicis» estaban en casa, junto al cobertizo: yo las vi.

—¿Has olvidado que existen unos vehículos llamados autobuses? —preguntó Sussy burlonamente—. Tomamos el que sube a la colina, y lo dejamos en la cumbre. De allí bajamos al castillo a campo traviesa y por la parte de atrás, para no tropezarnos con vosotros si llegabais antes.

—¡Qué tontos fuimos! —se lamentó Jack—. Tomaron el autobús. ¿Cómo no se nos ocurriría a nosotros? Así se comprende que ellas llegaran mucho antes.

—Desde luego os tomamos la delantera. Cuando llegamos cerca del castillo, por la parte de atrás, muy silenciosas por si había alguien, vimos una mujer sentada en un gran peñasco y que estaba pintando el castillo.

—Pintando un cuadro del castillo —aclaró Binkie, al advertir el estupor de los Siete Secretos—. ¡Si hubieseis visto el salto que dio al vernos! No nos había oído porque, al andar sobre la hierba, no hacíamos ruido.



—¿Hablasteis con ella? —preguntó Peter—. Creíamos que era un hombre y no una mujer. La persona que yo vi mirando por el catalejo parecía llevar una gorra de hombre.

—La que vimos no llevaba gorra, pero sí un moño que, de lejos, podría parecerlo —explicó Sussy muy satisfecha del interés con que todos la escuchaban—. Pues bien...

Un ladrido de *Scamper* interrumpió a Sussy. El perro había corrido hacia la puerta.

—Alguien viene —dijo Peter—. ¿Quién será?

Llamaron a la puerta y, acto seguido, se oyó la simpática voz de la cocinera que decía:

—No pretendo entrar, pues sé que estáis hablando de cosas secretas e importantes. Es qué os traigo una bandeja llena de tortas. Hay siete, ¿he contado bien?

—No, necesitamos nueve..., mejor dicho diez, contando a *Scamper* —dijo Sussy antes de que nadie pudiera contestar—. Esta tarde los Secretos somos nueve.

—Entonces alguno de vosotros tendrá que venir a recoger las tortas que faltan —repuso la cocinera marchándose hacia la casa.

—¿Nueve Secretos? —protestó Janet, furiosa, y dirigiéndose a Sussy—: Para ti no habrá torta. ¡De ningún modo!

—En ese caso, adiós —exclamó Sussy—. Nos vamos tranquilamente a casita.

Sussy termina su relato

Peter sabía perder. Así que gruñó:

—Volved con nosotros y sentaos. Tú, Colín, ve a la cocina y trae las tres tortas que faltan. Nuestro viejo amigo *Scamper* también tendrá su ración.

Colín se marchó con el perro, que iba pisándole los talones. Los demás se sentaron y se quedaron mirando a las intrusas con mala cara. ¡Qué par de pelmas!

Sussy estaba a punto de reventar de satisfacción. ¡Había obtenido una gran victoria! ¡Buena lección les estaba dando a aquellos orgullosos!

¡Qué tarde tan estupenda para ella!

Cuando volvió Colín con las tortas, todos, incluso *Scamper*, se pusieron a comer. Ante el silencio de todos, Sussy continuó, con la boca llena:



—Bueno; volviendo a nuestra pintora, nos dijo que no debíamos ir al castillo, que era peligroso. Nosotras le dimos las gracias, pero con la idea de ir sin que nos viera.

—Lo suponía —la interrumpió Jack—. Buenas sois vosotras para obedecer.

—Nos quedamos charlando un rato para ver si le sonsacábamos algo interesante, pero no dijo nada que valiera la pena; únicamente que le gustaba mucho el castillo y que lo pintaba con la esperanza de vender bien el cuadro. También nos dijo que guardaba sus pinturas y utensilios en el interior donde estaban seguros, porque en invierno allí no iba nadie.

—Todo eso echa abajo nuestras suposiciones —comentó Peter, en un tono de decepción.

—Se interesó mucho por nosotras —continuó Sussy—. ¿Verdad, Binkie?

—¡Oh, sí! Nos hizo muchas preguntas y se rió como una tonta cuando Sussy le contó que Jack y todos vosotros creáis que había alguien escondido en el castillo.

—¿Eso le contasteis? —gritó Peter, furioso—. ¿Como os atrevisteis? No tenáis derecho a revelar nuestros planes.

—¡Bah! Eran unos planes equivocados. Así que hablar de ellos no tenía la menor importancia —dijo Sussy—. Me preguntó cómo era posible que vieras a una persona en el castillo desde esta granja (ya le habíamos contado que tú vivías aquí), y le interesó mucho lo que le expliqué del catalejo que guardáis en este cobertizo y lo bien que lo veíamos todo con él, incluso el castillo.

—Sussy, ¿cómo pudiste revelar también eso? ¿No comprendiste que era un secreto? Ahora esa mujer sabrá que la podemos vigilar. Fuiste una tonta. ¡Explicarlo todo a una extraña!

—Más tonto eres tú al suponer que alguien puede habitar en un castillo en ruinas —contestó Sussy—. Todo lo que hay allí es una pintora que pinta un cuadro. Esa mujer dice que va todas las noches a dormir a ese pueblo que está detrás del castillo y que somos nosotras las únicas personas que ha visto allí.

Sussy lanzó una carcajada y añadió:

—¡Ya ves adónde ha ido a parar todo vuestro misterio!

Los Siete Secretos estaban acoquinados. Un misterio tan emocionante, y de pronto Sussy, con su fisgoneo, lo había echado todo a rodar.

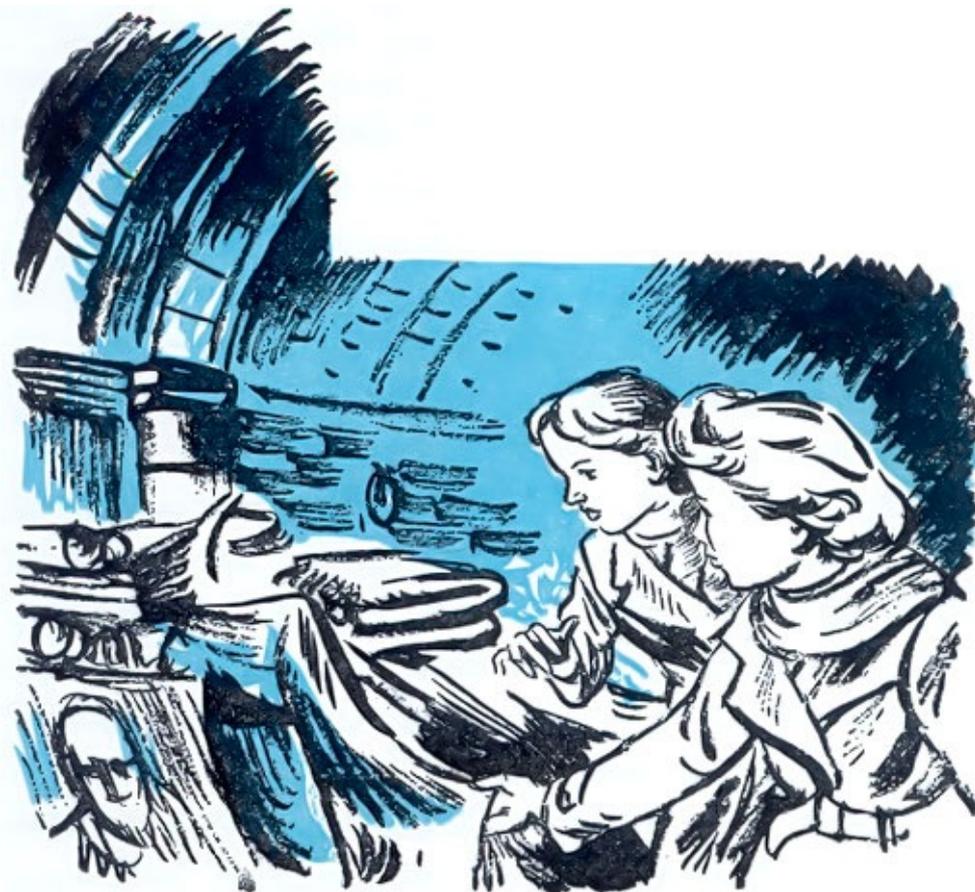
—¿Viste algo más en los sótanos? —preguntó Peter, tras una pausa, con cierta esperanza.

—Únicamente cosas de la pintora —repuso Sussy.

—Pinturas sin marcos ni bastidores —añadió Binkie—. Por cierto, que eran muy oscuras y feas. Supongo que las había pintado ella. Estaban todas enrolladas, pero pudimos echar un vistazo a algunas. También había un montón de mantas y unas cuantas latas de conservas.

—La pintora —explicó Sussy— dijo que necesitaría un par de días para terminar el cuadro. Y que cuando llueve se guarece en el castillo. Por eso, creo yo, la visteis mirar por la ventana. También come allí: excepto el desayuno, hace en el castillo todas las comidas. No tiene más que abrir unas latas.

—¡Extraña manera de vivir! —exclamó Jorge—. Bueno, ¿eso es todo? Ojalá hubiéramos echado una mirada detrás del castillo. Así también nosotros habríamos visto a la pintora. Entramos directamente por delante. Vosotras nos estabais espiando y bajasteis a los sótanos para hinchar vuestros globos hasta hacerlos reventar.



—Nos morimos de risa cuando oímos vuestros gritos —comentó Binkie, burlona— y echasteis a correr locos de miedo.

—¡Basta ya! —dijo Jack, que estaba hasta la coronilla de Sussy y Binkie—. ¡Largaos de una vez y dejadnos en paz!

—Vamos a utilizar el catalejo si no tenéis inconveniente —dijo Sussy, amabilísima—. Hay una luna estupenda.

—No, la reunión ha terminado —dijo Peter con firmeza—. Además, os advierto que vuestras intervenciones en nuestros asuntos nos son muy desagradables.

—¡Eres clavado a miss Cummings, nuestra vieja profesora! —dijo Sussy riendo—. A ver, vuélvelo a decir.

—¡Fuera de aquí! —bramó Peter en el límite de la paciencia—. ¡No intentéis jugar con el telescopio esta noche! ¡Os lo prohibo!

—¿Acaso eres tú el dueño? —replicó Sussy, indignada—. A mí me pertenece la mitad, y yo te concedo que dispongas de ella. Yo...

—¡Cállate ya, Sussy! ¡Vamonos a casa! —ordenó Jack cogiéndola enérgicamente del brazo—. Estoy avergonzado de ti.

Dicho esto la sacó a empujones del cobertizo. Binkie los siguió.

Peter lanzó un suspiro de alivio.

—¡Gracias a Dios que se han ido! ¡Menuda pareja! ¡Que tardemos siglos en volverlas a ver!



Otra vez el catalejo

Sussy y Binkie estaban furiosas contra Jack por haberlas sacado del cobertizo con tan malos modos.

—¡Queremos volver a mirar por el catalejo! —dijo Sussy.

—¡De eso ni hablar! —repuso Jack, muy serio—. No hacéis más que dar la lata.

—¡Suéltame el brazo, bruto! —exclamó Sussy—. Sé andar sola.

—Te soltaré —dijo Jack—, pero pórtate como las personas.

Y la soltó, no sin cierto alivio, ya que había de hacer grandes esfuerzos para sujetar a su hermana.

Las dos chicas se pusieron en camino y Jack vio cómo llegaban a la calle donde estaba su casa.

Lanzó un suspiro. ¡Al fin se había deshecho de ellas! Era una pena tener una hermana como Sussy.

Pero Jack no vio que Sussy y Binkie no llegaron a la casa. Sussy estaba decidida a salirse con la suya, a mirar por el catalejo aquella noche. No lo hacía por satisfacer un deseo, sino porque su terquedad le impedía ceder. El hecho de haberlo pedido y de que se lo hubieran negado, la sulfuraba.

Sussy quería hacer siempre su santa voluntad.

De aquí que, en vez de dirigirse a casa, las dos muchachas se deslizaran por un portillo, esperasen a que Jack volviera la espalda, y entonces regresaran al jardín de Peter.

En un momento llegaron al cobertizo que ya estaba a oscuras y cerrado con llave. Las muchachas sacaron la llave de debajo de la piedra y abrieron la puerta de madera.

Las dos llevaban linterna; de modo que no les fue difícil colocar el telescopio en el lugar del jardín donde lo ponían siempre.



—Sólo quiero echar una mirada a la luna para poder decir que la hemos visto por el catalejo —dijo Sussy—. Luego lo volveremos a guardar. Los Siete Secretos se indignarían si se enterasen de que nos hemos salido con la nuestra.

Miraron por el largo tubo del catalejo. La luna, huraña, se escondió tras la nubes, y la noche clara se convirtió en oscura.

—Dirige el telescopio al castillo —dijo Binkie—. Así podremos decir que lo hemos visto de noche.

Sussy enfocó con el aparato la colina coronada por el castillo. En aquellos momentos, bajo la oscuridad de la noche, el castillo era una gran masa apenas visible a la luz de la luna que asomaba entre las nubes.

—¡Ya lo tengo! —dijo Sussy—. Ahora podremos... ¡Oh, Binkie! ¡Hay una luz en el castillo!

—¿Una luz? ¿Estás segura? A ver.

Binkie aplicó el ojo al ocular y exclamó:

—¡Es verdad! Se ve una luz en la puerta de entrada. Por lo tanto, debe de haber alguien en la planta baja. ¿No te parece?

—¡Cualquiera sabe! —exclamó Sussy, empujando a Binkie—. Esa luz puede brillar en alguna de las ventanas inferiores. El caso es que se ve una luz clara. ¿Qué significará? La pintora nos dijo que no dormía en el castillo, que se iba a la hora del té a su pensión y que allí cenaba y dormía. ¿Serán señales? Deben de serlo... Sí, no cabe duda. Desde luego, algo ocurre en el castillo. ¿No te parece?

—¡Oh, sí! Vamos a decírselo a Peter —exclamó Binkie, con un estremecimiento de emoción—. ¿O crees mejor que nos lo guardemos para nosotras?

—No; se lo diremos a Peter. Ya verás lo furioso que se pone al ver que hemos hecho otro descubrimiento.

Fueron, pues, a ver a Peter y a Janet. Estaban jugando en la leonera con sus cosas y se sorprendieron al ver de nuevo a Sussy y a Binkie.

—¡Sois el colmo! —exclamó Peter, enfurruñado.

Sussy dijo alegremente:

—¡Hay novedades! Alguien hace señales con una luz desde el castillo. Lo hemos visto con el catalejo. Venid y lo veréis.

Pero Peter sonrió incrédulo y siguió jugando mientras decía:

—Otra de vuestras estúpidas bromas: no me cabe duda. Si creéis que nos vais a engañar otra vez, estáis muy equivocadas. Ahuecad el ala o se lo contaré todo a mi madre. Estoy harto de vosotras. No nos habéis dejado en paz en todo el día. ¡Largaos!

—Oye, Peter —empezó a decir Binkie—; hemos mirado por el...

Pero Peter las sacó a empujones de la leonera. La puerta se cerró de golpe y las dos muchachas oyeron cómo la llave giraba en la cerradura.

—¿Ah, sí? ¡Os arrepentiréis! —exclamó Sussy—. ¡Mañana por la mañana sentiréis no habernos hecho caso!

Y se fueron escaleras abajo lanzando gritos de rabia. ¡Alguien hacía señales en el castillo! ¡Estaban seguras!

Un horrible suceso

A la mañana siguiente, después del desayuno Janet y Peter bajaron al cobertizo para poner en orden lo que no habían arreglado la noche anterior.

—Tenemos veinte minutos antes de ir al colegio —dijo Peter mientras buscaba la llave debajo de la piedra—, ¡oye, no está!, ¿qué habrá pasado?

—Se la debió de llevar Sussy —dijo Janet, indignada—. Sólo piensa en el modo de fastidiarnos. ¡Es inaguantable!

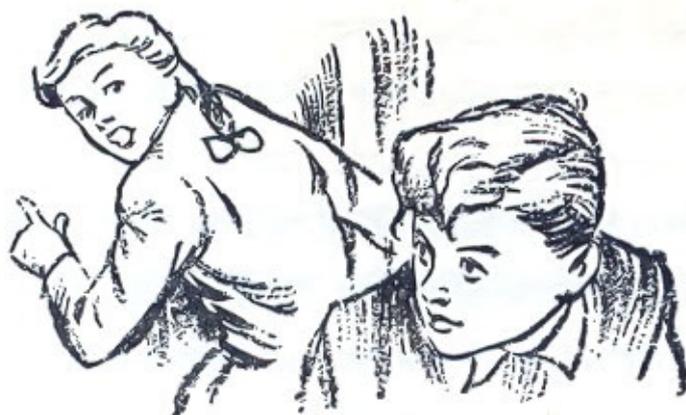
Y los dos se dirigieron a la puerta del cobertizo para ver si a Sussy se le había ocurrido arrancar las letras C. S. S. No, no las había tocado. Pero Janet lanzó inmediatamente un grito de sorpresa.

—¡La llave está en la cerradura! Sussy se olvidó de quitarla y esconderla. ¡Qué estúpida! Si no han entrado a robar, habrá sido porque no han querido.

Muy contrariados, entraron en el cobertizo. Al parecer, todo estaba como siempre. Pero, de pronto, Janet se sobresaltó. Echaba de menos algo, pero no podía precisar lo que era.

—¡El catalejo! —gritó—. ¿Dónde está el catalejo? ¡Ha desaparecido!

—Se lo habrá llevado Sussy —insinuó Peter con voz ahogada por la angustia—. Total, porque no les permití que lo utilizaran anoche y no creímos su estúpida invención de que alguien hacía señales con una luz desde el castillo. Voy a telefonar a su hermano.



Jack quedó horrorizado después de oír a Peter. En seguida atrapó a Sussy.

—¡Ahora mismo vas a decirle a Peter por teléfono dónde escondiste el catalejo! —le ordenó—. ¡No está en el cobertizo!

—Pues anoche lo dejamos en su sitio con todo cuidado —exclamó Sussy, tan sorprendida, que Jack se convenció de que no mentía—. Así lo hicimos, ¡palabra!

—¿Cerrasteis la puerta? —preguntó el chico.

Sussy miró a Binkie y enrojeció:

—¡Oh, Jack; creo que no! Estaba tan enfadada al ver que Peter no me creía, que metí el catalejo en el cobertizo, cerré la puerta de golpe y salí corriendo con Binkie.

No recuerdo haber dado la vuelta a la llave ni haberla escondido.

—Nos olvidamos —confesó Binkie con un hilo de voz—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Han robado ese catalejo tan estupendo?

—Eso me temo —contestó Jack, volviendo al teléfono—. ¡Qué par de calamidades! Si no cambias, Sussy, te vas a ver metida en más de un lío. Menos mal que el catalejo era nuestro y no del club.

Dicho esto, llamó a Peter para explicarle que Sussy y Binkie habían dejado el catalejo dentro del cobertizo, pero que se habían olvidado de cerrar la puerta con llave.

Peter estaba enfadadísimo.

—Así, cualquier ladrón que pasó por allí pudo entrar en el cobertizo. Es natural que se apoderase del catalejo, único objeto de valor que había allí. Se lo voy a decir a mi padre, Jack.

—¡No, todavía no! —suplicó Jack—. Sussy pasaría un mal rato. Reconozco que es una pelma, pero es mi hermana y... En fin, ya me entiendes.

—Tienes razón, Jack —asintió Peter—. Esperaremos hasta la noche, a ver si entre tanto aclaramos este lío. Lo mejor será que esta tarde, a las cinco y media en punto, tengamos una reunión. Pero no se lo digas a Sussy.

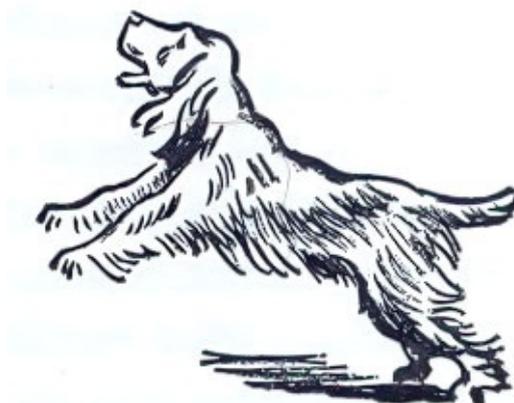
—No lo diré, pero está tan apenada que esta vez no creo que nos gastara ninguna broma. Yo también siento mucho lo ocurrido. Reconozco que las apariencias están en contra de Sussy y Binkie, pero tú sabes muy bien que mi hermana no miente nunca, aunque muchas veces se ponga pesada.

—Eso es verdad; no miente nunca —dijo Peter—. Bueno, a las cinco y media. Avisaré a los demás.

Así fue. A las cinco y media de aquella misma tarde, los Siete Secretos, visiblemente apenados, se reunían en el cobertizo. *Scamper* no comprendía lo que les pasaba y corría de uno a otro, moviendo la cola y tratando de animarles.

Fue una reunión muy triste. Todos sabían ya lo ocurrido, porque Janet sé lo había dicho a las chicas en el recreo, y Peter a Jorge y a Colín.

¿Qué debían hacer?



Planes emocionantes

—Jack —dijo Peter—, lo mejor será que empieces por explicar lo ocurrido a Sussy.

Jack explicó que su hermana se había olvidado de cerrar la puerta con llave, que lo sentía muchísimo y que pedía a los Siete que las perdonasen a ella y a Binkie.

—Dicen que harán cuanto puedan para ayudarnos a recobrarlo —continuó Jack—. Yo también siento de veras lo ocurrido, y me alegro de que el catalejo fuera nuestro: de mi hermana y mío. No sé lo que habría hecho si hubiera sido de otra persona.

—Nosotros también lo sentimos. Y creemos, como tú, que Sussy no se ha llevado el catalejo.

—También deberíamos creer —dijo Jack gravemente— lo que contó Sussy de la luz que vio en el castillo al mirar por el catalejo. Amigos míos, reconozco que Sussy es muy cargante, pero os aseguro que es sincera; jamás le he descubierto una mentira. Gasta bromas pesadas, eso sí; es capaz de cometer las mayores estupideces para divertirse a costa ajena, pero nunca mentirá. Si ha dicho que ha visto una luz, no os quepa duda de que es verdad que la ha visto.

—Estoy de acuerdo —dijo Peter. Y preguntó—. ¿Qué opináis los demás? ¿La debemos creer o no?

—Yo la creo —dijo Pamela—. Sussy será todo lo molesta y entrometida que queráis, pero nunca la oí decir una mentira en clase. Ni siquiera para salir de un embrollo dejó de decir la verdad. Es demasiado orgullosa para mentir: prefiere que la castiguen.

—En eso parece más un chico que una chica —dijo Bárbara, atrayéndose una mirada furibunda de sus amigos—. Bueno, ya sabéis lo que quiero decir: que es valiente, atrevida, despreocupada... Nunca la he visto llorar cuando se ha hecho daño. Además, es fiel a sus amigos, tanto en la fortuna como en la desgracia. Si fuera un chico, haríamos buenas migas con él. Pero como es chica, su manera de ser nos molesta.

Este altisonante discurso de la silenciosa Bárbara sorprendió a todos.

—Comprendo lo que quieres decir, Bárbara —dijo Janet—. Perdonemos a Sussy y dejemos que nos ayude si así lo desea.

Pero los chicos no estaban dispuestos a hacer tantas concesiones. No, no querían que Sussy les ayudase. En el fondo, la envidiaban, pues sabían que era más lista que ellos.

—Bueno —dijo Peter—, el caso es que estamos de acuerdo en que es verdad que Sussy vio una luz en el castillo, lo que significa que la pintora mintió al decir que no pasaba allí la noche. También podemos deducir que con la luz se hacían señales, como afirmaba Sussy. Pero ¿a quién iban dirigidas? ¿Y para qué? Yo creo que nosotros, los chicos, debemos ir al castillo esta noche para averiguar lo que pasa. Todavía estoy avergonzado de haber huido el otro día, y no quedaré tranquilo hasta

que volvamos y hagamos una buena investigación.

Los otros asintieron. A todos les pasaba lo mismo que a Peter.

—Pero las chicas no —dijo Peter con firmeza al ver que Janet estaba entusiasmándose—. No, no vendrán las chicas.

—Pero hay otra cosa que hemos de resolver —intervino Jorge—. ¿Quién demonios robó el catalejo? Un ladrón vulgar no se habría llevado una cosa tan difícil de vender y que no tiene para él ninguna utilidad. Antes se habría apoderado de la alfombra o de la lámpara, que son cosas más útiles.

—Tienes razón —asintió Peter.

De pronto, todos se sobresaltaron: Jack se había dado una sonora palmada en la rodilla.

—¡Oídmelos todos! Ya sé quién puede haber robado el catalejo: el que se oculta en el castillo. Sussy le contó a la pintora que teníamos un catalejo y que con él podíamos ver lo que pasaba en el castillo. También le dijo que habíamos creído ver pasar una sombra tras una ventana. Y no cabe duda de que si en el castillo se hace algo que no quieren que se sepa, esa mujer sabe que nosotros podemos descubrirlo todo con nuestro catalejo si acertamos a enfocarlo en un momento culminante.



—Por lo tanto, alguien bajó del castillo anoche, encontró la puerta del cobertizo abierta, entró y nos robó el catalejo para que no pudiésemos espiarlo —terminó Peter.

—Si Sussy, por lo menos, hubiera cerrado el cobertizo, no habrían podido entrar en él.

—Lo importante —dijo Janet— es saber lo que se trama en el castillo.

Todos se estremecieron y se dedicaron a pensar intensamente.

—Sería un escondrijo ideal para cosas robadas —dijo Pamela—. Las mazmorras son un excelente almacén para ladrones.

—Pero Sussy dijo que no había allí más que pinturas sin marcos —intervino Colín—. Supongo que serán las pinturas de esa mujer, que las va guardando allí hasta que pueda enmarcarlas.

—No seas borrico —dijo Jack—. Si los lienzos son muchos habría necesitado meses enteros para pintarlos. ¿Sabéis lo que pueden ser? Pinturas antiguas de gran valor.

—En ese caso estarían enmarcadas —advirtió Bárbara.

—Si han sido robadas —dijo Jack—, habrán desprendido las telas de sus marcos para poder llevárselas enrolladas.

—Vas demasiado lejos en tus suposiciones —opinó Janet.

—Sea como fuere —dijo Colín—, lo mejor es ir allá arriba esta noche y vigilar. Sussy ha dicho que anoche la pintora debía de estar haciendo señales con la luz. Por lo tanto, hemos de creer que avisaba a alguien. Probablemente, decía que la mercancía estaba allí y que debían ir a recogerla cuanto antes. De modo que yo creo que...

—Alguien irá esta noche por ella, ¿no? —Añadieron Jack y Jorge a la vez.

Hubo un silencio. Los Siete Secretos meditaban febrilmente. Peter dijo con firmeza:

—Voy a proponeros un plan de ataque. Los cuatro chicos vamos en bicicleta al castillo después de cenar. Husmearé en todos los rincones y procuraremos desvelar el misterio. Apostaría cualquier cosa a que nuestro catalejo está escondido allí. Si os parece, podemos convenir una señal para pedir ayuda a las personas mayores. Esta señal la podemos hacer con una linterna.

—¡Oh, qué emocionante! —exclamó Pamela—. ¿Cuántas veces levantarás la linterna?

—Dos si todo va bien; cuatro si queremos que aviséis a nuestros padres para que nos ayuden, y muchas en caso de verdadera urgencia.

A todos les pareció bien. Los ojos de los Siete brillaban de emoción.

Janet dijo a Pamela y a Bárbara:

—Venid después de cenar y vigilaremos juntas... Pero, ahora que caigo, ¿cómo podremos ver las señales sin catalejo? El castillo está demasiado lejos.

—Ya he pensado en eso —contestó Peter—. Tendréis que pedir a papá los gemelos. Además, media hora después de habernos marchado, será conveniente que se lo cuentéis todo, para que esté en antecedentes si le necesitamos.

—Esto es demasiado emocionante para poder expresarlo con palabras —suspiró Pamela—. ¡Qué listo eres, Peter! Lo de los gemelos ha sido una feliz ocurrencia. Con ellos veremos casi tanto como con el catalejo.

—La reunión ha terminado —dispuso Peter.

Y *Scamper* se levantó. Se veía en él que se sentía olvidado. Se desperezó y

bostezó. ¡Qué reunión tan extraña! ¡Ni buñuelos ni bizcochos! Sólo hablar y hablar. Ni sonrisas ni caricias. *Scamper* no estaba dispuesto a tolerar reuniones de esta índole.

Con la cabeza baja echó a andar por el sendero, barriéndolo con su cola, sometida a un continuo balanceo.

Bárbara repitió:

—Dos veces si todo va bien; cuatro si quieren que vaya el padre de Peter, y muchas si la cosa está que arde. ¡Oh, Pamela! Estamos viviendo momentos de gran emoción. ¿No te parece?

Después de la cena

Aquella noche, después de la cena, Peter montó en su bicicleta y fue a reunirse con sus compañeros. Al salir advirtió a su hermana:

—Recuerda, Janet, que debes pedir los prismáticos a papá para vernos. Pero debes esperar a que estemos lejos para evitar que papá salga en seguida a fin de darnos alcance. Si no ocurre nada, no debe moverse de casa, ya que está muy cansado. Tú procura no fallar. Cuento contigo. Debes estar atenta para que no se te escapen nuestras posibles señales.



—No se me escaparán, Peter: te lo aseguro —dijo Janet, que habría dado cualquier cosa por tomar parte en la aventura—. ¡Oh! ¿Por qué seré chica? ¡Me gustaría tanto ir allí! ¿Te llevas a *Scamper*?

—No, es una caminata demasiado larga para él —repuso Peter—. Lo siento, mi viejo *Scamper*. Te has de quedar en casita.

Scamper dio media vuelta, lanzando gruñidos de enojo. Con el rabo entre las patas, parecía amargado y abatido. ¿Era que Peter ya no le quería? Por segunda vez, su amo se marchaba sin llevárselo.

Scamper siguió de lejos todos los movimientos de Peter. Quería saber adónde iba. Le vio sacar la «bici» e ir a esperar a sus tres amigos, que fueron llegando uno tras otro. El rabo de *Scamper* estaba cada vez más bajo: ya tocaba el suelo. También tenía las orejas caídas.

Su indignación fue extraordinaria cuando vio que los chicos se ponían efectivamente en camino sin contar con él. Les seguiría aunque no quisieran. Ellos irían más aprisa que él, pero él no perdería el rastro.

«Guau —se dijo *Scamper*—, Peter cree que no me necesita, pero yo presiento que le haré falta esta noche. Debo estar junto a él, no me cabe ninguna duda».

Y así fue como una solitaria figurita empezó a trotar por el camino en pos de las bicicletas, con el hocico en alto para no perder el rastro de los chicos. ¡Ah, el buenazo de *Scamper*, el viejo y fiel amigo!...

Mientras tanto, Janet observaba el reloj. Se alegró al ver llegar a las otras dos chicas. Sin embargo, le siguió pareciendo que el tiempo transcurría demasiado lentamente. Esperó media hora más y al fin decidió ir a pedir los gemelos a su padre y, de paso, a explicárselo todo. ¿Se enfadaría? Ahora ya no había remedio. Tendría que aceptar los hechos consumados.

Janet se dirigió al cuarto de estar donde se hallaban su padre y su madre. El padre estaba poniendo en orden las cuentas y la madre hacía media.

—Oye, papá: ¿puedo coger los prismáticos?

—¿Para qué demonios los necesitas a estas horas de la noche? —preguntó el padre, extrañado.

Entonces fue saliendo todo a relucir, un tanto confusamente al principio, de modo que los padres no acababan de entender las cosas. Pero, poco a poco, atando cabos, comprendieron al fin para qué necesitaba Janet los gemelos.



—¡Qué atrocidad! —exclamó el padre—. ¡En qué líos os metéis! Además, ¿quién ha dado permiso a Peter para ir al castillo de noche? No me gusta nada que vaya en bicicleta con esta oscuridad. ¡Allá arriba no pasa nada! Todo eso de los cuadros robados es una absurda invención vuestra.

—Un momento, querido —dijo la madre—. He leído algo en la prensa sobre una pinturas antiguas de gran valor que han desaparecido en casa de lord Wood. Las quitaron de los marcos cortándolas, y debieron enrollarlas para sacarlas más

fácilmente. Me parece que el diario decía...

Janet profirió un grito de emoción.

—¡Oh, mamá! Las pinturas que Sussy y Binkie vieron estaban precisamente enrolladas. ¡Qué gran noticia!

Los padres se dieron cuenta entonces de lo serio del asunto. Hicieron a Janet infinidad de preguntas y se asombraron ante las respuestas de la niña.

—¿De modo que los muchachos han subido al castillo por su propia iniciativa? En verdad, todo esto es extraordinario. Pero me preocupan mucho esos chicos.

—No debes estar preocupado —dijo Janet—. Siempre han salido bien de todo. Saben cuidarse de sí mismos: lo tienen bien demostrado. Esperemos sus señales y entonces sabremos si necesitan nuestra ayuda.

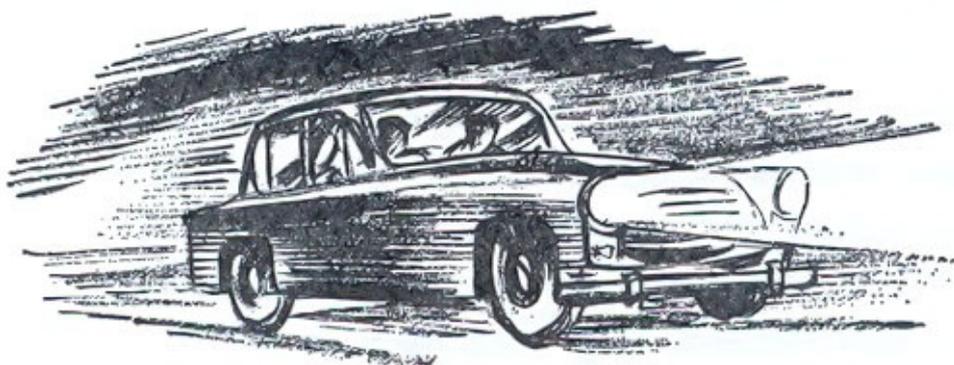
—¡No puedo esperar! —exclamó el padre resueltamente—. Iré ahora mismo y me llevaré al jardinero y a Matt, el pastor.

—¡Oh, papaíto! Peter se enfadará. Quiere que esperemos hasta recibir sus señales.

—¡Me tiene sin cuidado que se enfade! —dijo el padre enérgicamente.

Y salió en busca de Matt y del jardinero.

Los tres subieron al coche y se dirigieron al castillo.



Janet cogió los gemelos, y en esto se acordó de que no había visto a *Scamper* desde que se había ido Peter.

«¿Dónde estaría? —se preguntó—. ¡Pobre *Scamper*! Sin duda, estará llorando en un rincón porque Peter no ha querido llevárselo».

Regresó a la leonera, donde Pamela y Bárbara la esperaban, y les contó lo referente a su padre.

—Las personas mayores siempre saben lo que conviene hacer —dijo Pamela—. En eso, principalmente, se diferencian de nosotros. Y tú, Janet, ¿adónde vas ahora?

—A buscar al viejo *Scamper* —contestó Janet—. Venid conmigo.

Pero no lo encontraron. Era como si se lo hubiera tragado la tierra.

Janet comprendió muy pronto que *Scamper* se había marchado en pos de los chicos. Esto le produjo gran alegría.

—*Scamper* —afirmó— es siempre una ayuda. Vamonos. Debemos vigilar con los prismáticos por si nos hacen señales. ¡Oh! Estoy verdaderamente fatigada.

Pero por mucho que miraron, una tras otra, por los gemelos, no vieron nada. Desde el castillo no hicieron señal alguna.

—¡Esto es insoportable! —exclamó Janet después de una hora de inútil espera—. ¡Ni señal de que todo va bien, ni petición de socorro, ni llamado urgente! ¿Qué habrá pasado?

En el castillo

Habían pasado muchas cosas. Los chicos habían emprendido la marcha en sus bicicletas, con gran agitación. Ignoraban que *Scamper* les seguía a distancia, husmeando su rastro. Olisqueó un erizo. Esto, en otra ocasión, le habría obligado a detenerse, pero en aquel momento *Scamper* no hizo el menor caso al odioso animal. Incluso se desvió algo para seguir a unos conejos, pero luego volvió al camino que le llevaba en pos de su amo. Estaba decidido a encontrar a Peter y enterarse de lo que iba a hacer. Peter no se había portado bien con él: lo había abandonado.

Entre tanto, Peter y sus amigos se iban acercando al castillo. La marcha cuesta arriba era cada vez más penosa: los niños tenían que hacer grandes esfuerzos para pedalear. Pero ante el ejemplo de Peter, que resistía, los demás también aguantaban el tipo.

Respiraron al verle bajar de la «bici», cosa que hizo cuando llegó al cruce con el seto, sitio en que la vez anterior habían dejado las bicicletas.

—Apagad las linternas —ordenó Peter—. Creo que aquí están seguras las «bicis». Por la noche sólo pasa un autobús y unos cuantos automóviles.

Pronto empezaron a subir con toda clase de precauciones por la ladera cubierta de hierba, camino del castillo. Éste apareció sobre sus cabezas como una gigantesca masa oscura. Llevaban las linternas apagadas a fin de no denunciar su presencia. Peter se detuvo de pronto, no lejos de las ruinas.

—Ahora, mucho cuidado —ordenó—. Avanzad en fila india y recordad que si ocurre algo, uno de nosotros ha de hacer con la linterna la señal convenida. No importa quién la haga. Así que todos debéis prestar gran atención.

Llegaron en silencio al castillo. No se oía un solo ruido. Se hallaba en la más completa oscuridad. Entraron sigilosamente en el castillo, sin que sus chirucas produjeran el más leve rumor. Entonces oyeron una extraña algazara.

Peter susurró:

—Son los grajos: se han asustado. Deben de habernos oído. Esperaremos a que se tranquilicen.

Pronto volvió a reinar el silencio. Cuando los muchachos avanzaban por la gran sala, Peter vio algo que hizo latir más de prisa su corazón.

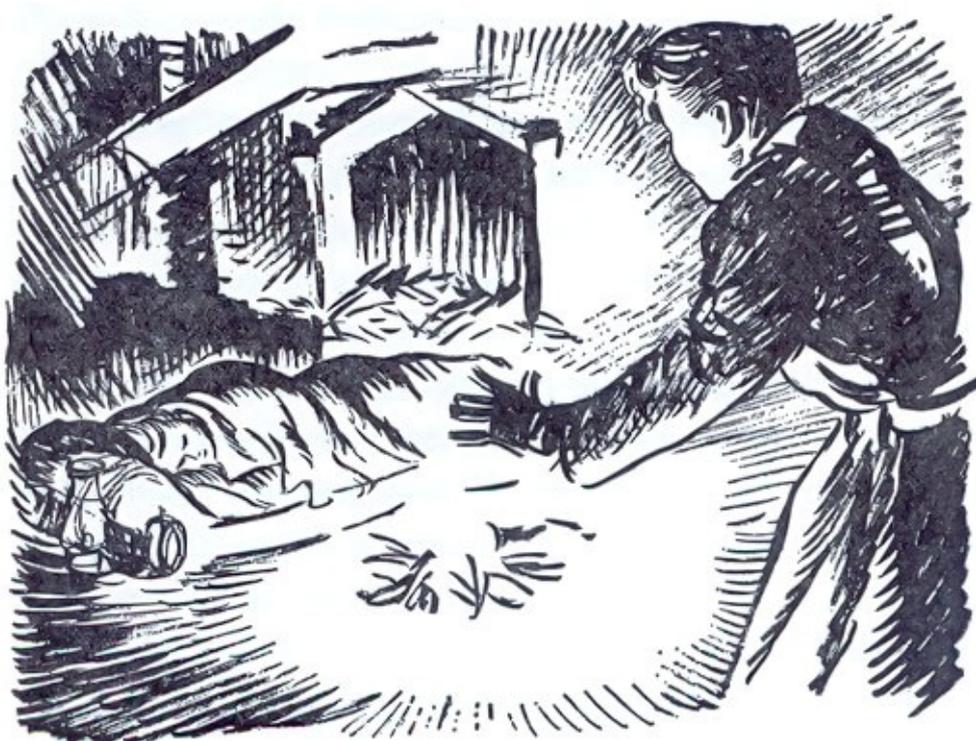
—Mirad: hay una luz en la cocina. Esperadme aquí. Voy a ver lo que puede ser esa luz.

Se acercó de puntillas a la puerta, mejor dicho, al hueco que daba paso a la vetusta entrada, y se detuvo sorprendido ante lo que veía.

Allí había alguien. Era una mujer que se calentaba junto a una hoguera, mientras las llamas danzaban crepitando. Permanecía en una actitud de reposo, con los ojos cerrados y de cara al fuego.

«Sin duda —se dijo Peter— fue ella la que apagó el fuego a toda prisa aquel día en que hallamos el rescoldo todavía caliente. Debió de vernos llegar y quiso borrar

las huellas de su presencia aquí. Parece estar profundamente dormida». Efectivamente, su inmovilidad era absoluta.



Estaba tendida sobre un colchón y cubierta con unas mantas.

«Las mantas que vio Sussy en las mazmorras», siguió pensando Peter.

El chico distinguió el brillo de las manecillas de un reloj y su oído percibió el característico tictac.

Regresó junto a sus compañeros y les contó lo que había visto.

—Está completamente dormida junto a una hoguera de ramas. Supongo que estará de guardia para impedir que alguien descubra el secreto de las mazmorras. Fue muy ingeniosa al fingir que era una artista que pintaba el castillo, pues así podía pasar el día entero por los alrededores.

—Pero el otro día no evitó que entrásemos nosotros —dijo Jack—. Y si ahora está dormida, esto prueba que no espera a nadie esta noche. ¿No os parece que estaría despierta si supiera que había de suceder algo importante?

—Opino lo mismo que tú —indicó Peter—. Por eso propongo que bajemos a las mazmorras y busquemos las pinturas. Si las encontrásemos, podríamos llevárnoslas a casa. Así, los ladrones se llevarían un buen chasco cuando volvieran.

—Buena idea —aplaudió Jorge—. Bajemos en seguida, pero, por lo que más queráis, no hagáis ruido. No hay que despertar a esa mujer. Así que ¡mucho cuidado!

Muy despacito, los cuatro fueron bajando a los sótanos por la escalera de piedra. Los peldaños estaban rotos y desgastados, y los chicos se alegraron de poder enfocarlos con sus linternas, con lo que veían dónde ponían los pies.

—Ya hemos llegado —dijo Peter al bajar el último escalón—. ¡Uf! Qué sitio tan antipático.

Así era. Grandes piedras ennegrecidas por los siglos formaban los muros. El suelo era también de losas de gran tamaño. Peter paseó la luz de su linterna en torno de él e iluminó unas anillas de hierro sujetas a las paredes.

—Aquí atarían a los pobres prisioneros. Seguramente, pasarían así meses enteros, incluso años.

—Pero aquí no hay humedad —observó Jack—. Yo creía que todas las mazmorras eran húmedas y sucias.

—Has de tener en cuenta que estamos en la cumbre de una colina —explicó Peter—. Todas las aguas se van hacia abajo. Por eso es un estupendo escondite para pinturas de valor. En otra parte, la humedad las estropearía.

—Bueno, ¿dónde están las telas enrolladas de que hablaba Sussy? —preguntó Jack mientras paseaba el haz de luz de su linterna por todos los rincones.

—Aquí sólo veo montones de paja, que deben de servir de lecho a algún vagabundo, y periódicos viejos.

Jack tenía razón. Por mucho que escudriñaron en todos los rincones de los viejos sótanos, no vieron ni el menor rastro de pinturas enrolladas.

—Es muy posible que los ladrones se las hayan llevado ya —dijo Jorge.

—O que todo sea otro cuento de Sussy —opinó Colín—, otra de sus bromitas de mal gusto.

—No —intervino Jack—. Estoy seguro de que esta vez no ha sido ninguna broma. Binkie también las vio. También hay que pensar que si los malhechores se han llevado ya las telas, no se explica que esa mujer esté aquí de guardia.

—Eso parece indicar que ha escondido las telas en otra parte, quizá temiendo que las chicas las vieses y fueran contándolo por ahí.

—Sí, eso debe de ser —concluyó Peter—. Pero ¿dónde puede haberlas escondido? Han de estar en un sitio donde sea fácil cogerlas. Los hombres que vengan por ellas, no pueden perder tiempo buscándolas en un escondite al que sea difícil llegar.

—En ese caso, no tenemos más remedio que indagar por nuestra cuenta —decidió Colín—. ¡Vamos! Ojalá encontremos también nuestro catalejo.

Un descubrimiento importante

Poniendo cuidado en no hacer ruido, sin atreverse apenas a respirar, los chicos fueron fisgando por los rincones, en busca de los lienzos. Registraron todas las estancias, excepto aquella en que estaba durmiendo la mujer. Y llegaron a la conclusión de que sólo allí podían estar las pinturas, ya que, al parecer, únicamente aquella habitación habían dejado de registrar.

—Seguramente las tiene debajo del colchón —dijo Peter, lanzando un leve suspiro ante la nueva dificultad—. Pero reflexionemos. ¿Dónde las esconderíamos nosotros si estuviésemos en su caso?

Hubo un silencio. Todos se sumieron en hondas reflexiones. Al fin. Colín susurró:

—¿Sabéis dónde las escondería yo? Debajo de los montones de ramas que los grajos han ido dejando caer a lo largo de los años en el suelo de la gran torre.

—¡Estupenda idea! —exclamó Peter, también en voz baja—. ¡Vamos a registrarlo ahora mismo!

De puntillas se dirigieron a la planta de la torre, donde se veía un mar de ramas esparcidas por el suelo.

—Alguien ha removido aquel montón —observó Jorge enfocándolo con la linterna—. Sosténme la luz. Voy a buscar entre esas ramas.

Trepó por ellas, haciéndolas crujir bajo sus pies. De pronto se detuvo, temeroso de que aquellos crujidos despertasen a la mujer dormida. Luego se inclinó hacia delante y alargó las manos hacia las ramas en que parecían haber hurgado.

Su mano tropezó con un objeto duro. Jorge lanzó un grito ahogado.

—¡Creo que he encontrado algo! —susurró con acento triunfante. Y extrajo un rollo envuelto en papel grueso.

—¡Es una de las pinturas que debió de ver Sussy en la mazmorra! —exclamó Peter, nervioso—. ¡Busca a ver si hay más!

Sí, había más, muchas más. Todas las telas estaban cuidadosamente enrolladas, y algunas, introducidas en otras.

Jorge las fue sacando y entregando a Peter y a Jack. Fue un momento de intensa emoción. De pronto, oyeron algo que les puso la piel de gallina.



Fue un timbre lo que resonó, persistente y violento, rompiendo el silencio y asustando a los chicos. Al fin, dejó de sonar el timbre y volvió a reinar el silencio.

—¿Habrá sido un teléfono? —preguntó Colín.

—Ha sonado más bien como un timbre de alarma —repuso Jorge un poco avergonzado al advertir que estaba temblando.

—¡Ya caigo! —exclamó Peter—. Ha sido el timbre de ese despertador que hemos oído al lado de la mujer dormida. Lo debió de poner para despertarse a esta hora. Seguro que están a punto de llegar los ladrones para recoger el botín y ella se dispone a recibirles. Debemos escondernos.

Se fueron deslizando hacia un pequeño nicho que había en el muro. Sus corazones latían con violencia.

Peter y Jack llevaban las pinturas enrolladas. Esperaron en silencio.

Al cabo de unos minutos oyeron que algo se movía en aquella pieza que parecía una cocina y después vieron salir de allí una luz que se fue aproximando a su escondite.

Los muchachos, encogidos, vieron pasar a la mujer muy cerca de ellos con una lámpara en la mano para alumbrar el camino. Mientras ella pasaba, los chicos se apretujaron unos contra otros conteniendo la respiración. La mujer se dirigió al portal y en él se detuvo.

—Está haciendo señales —susurró Peter—. Seguro que está diciendo: «No hay novedad: podéis venir a recoger la mercancía».

—¡Dios mío! —exclamó Jack—. Las chicas verán estas señales y creerán que las hacemos nosotros. Me gustaría saber cuántas veces ha movido la luz.

—Salgamos de aquí —dijo Colín—. No quiero que me vean los que están a punto de llegar. Vayámonos ahora que todavía estamos a tiempo.

—Si los ladrones que reciben las señales están muy lejos, tendremos tiempo de huir —indicó Peter—. Pero ¿quién nos dice que no están ya muy cerca? Lo mejor será comprobarlo. Salgamos corriendo. La mujer se asustará al vernos. A lo mejor,

una vez estemos fuera, podremos hacer nuestras señales.

Salieron, pues, de su oscuro escondite y corrieron hacia el portal, donde estaba la mujer con su lámpara.

Ésta lanzó un grito cuando los chicos pasaron por su lado y trató de apresar a Colín.

—¡Alto! ¿Qué hacéis aquí? ¡Alto os digo!

Pero los chicos no se detuvieron, sino que cruzaron el portal y siguieron corriendo en la oscuridad de la noche.



Poco después, Peter tropezó y cayó cuan largo era. Los demás tropezaron con él y cayeron sobre su cuerpo. Aún no habían conseguido levantarse, cuando unas fuertes manos los aferraron y los levantaron. Inmediatamente, una potente linterna iluminó sus caras transfiguradas por el miedo.

—¡Son unos mocosos! —gruñó una voz de hombre—. ¡Cuatro niños a estas horas! ¿Qué diablos hacéis aquí?

Los niños sólo podían ver tres sombras en la noche. Eran tres hombres cuyas figuras se percibían confusamente tras el reflejo de la linterna con que enfocaban a los cuatro chicos.

Éstos habían tropezado con los hombres al salir huyendo en la oscuridad.

—¡Suélteme! —gritó Peter dando un puntapié al que le sujetaba.

—¡Quieto, fierecilla! —le contestó el hombre, zarandeándole y riéndose de sus esfuerzos.

En este momento llegó la mujer, furiosa.

—Debían estar escondidos en el castillo. Palabra que no los he visto entrar.

—¿Están las cosas en su sitio? —preguntó con voz recia uno de los hombres.

—Voy a mirarlo —contestó la mujer.

Y volvió a entrar en el castillo.

Los muchachos temblaban. Percibían claramente los latidos de sus corazones. Sabían que las telas no estaban en su sitio, en contra de lo que creían aquellos hombres, sino que iban rodando por la ladera, pues Peter y Jack las habían lanzado por la pendiente al notar que los sujetaban. Su mayor deseo era que nadie descubriera las pinturas durante su descenso.

La mujer volvió corriendo.

—¡No están! —dijo nerviosamente—. ¡No hay ni una sola en el sitio donde las guardamos!

—Estos niños deben de haberlas sacado de allí y escondido en alguna parte. ¿A qué habrán venido? Pues no cabe duda de que no sabían nada del asunto.

—Pronto lo sabremos —dijo el más alto de los tres hombres—. Llevaos a estos pequeños abajo y tenedlos allí hasta que expliquen lo que hacían aquí a estas horas de la noche y dónde han metido las pinturas.

Y los cuatro muchachos fueron conducidos a empujones a las mazmorras, y allí los encerraron.

¡Qué fatalidad! ¡Justamente cuando ya iban a volver triunfantes a sus casas!

Un amigo oportuno

—¡Qué mala pata hemos tenido! —exclamó Peter, frotándose la parte del cuerpo que, al caer, había chocado con el duro suelo de piedra—. ¡Darnos de narices con estos bandidos!

—¿Qué ha ocurrido con las pinturas, Peter? —preguntó Jorge en voz baja.

—Las echamos a rodar ladera abajo —respondió Peter—. Aún deben de estar rodando.

—Bueno, ¿qué hacemos? —preguntó Colín, que estaba asustadísimo.

—Por ahora no creo que podamos hacer nada —dijo Peter con franqueza—. Ha sido una lástima que no pudiésemos hacer señales a las chicas cuando ya teníamos las pinturas. Así sabríamos por lo menos que vendrían en nuestra ayuda.

—¿Qué harán esos hombres en estos momentos? —preguntó Jorge—. ¿Estarán buscando las pinturas enrolladas?

—Sin duda —repuso Peter—. Y no tardarán en venir al ver que no las encuentran.

Al oír esto, los tres muchachos se estremecieron. Peter empezó a darle vueltas a la idea de salir del castillo para pedir socorro a su familia haciendo señales con las linternas. Pero pronto se dijo que esto no sería posible, porque uno de los tres hombres estaría vigilando en lo alto de la escalera que conducía a los sótanos.

Pero ocurrió algo sorprendente... No había ningún hombre de guardia en lo alto de la escalera, pero estaba la mujer, que debía de tener la orden de dar la voz de alarma si los chicos intentaban huir. De pronto, los muchachos la oyeron proferir un gemido y luego gritar:

—¡Oh! ¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

Seguidamente, algo bajó como un rayo por la escalera y se arrojó sobre Peter, lanzando gemidos de alegría.

—¡*Scamper*! —gritó Peter lleno de asombro—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo te las has arreglado para encontrarnos? ¡Oh, qué perro tan fiel y tan listo! ¡Cuánto me alegro de verte!

Scamper gemía, ladraba e iba lamiendo uno por uno a los chicos. Daba por más que bien empleado la carrera que se había dado para reunirse con los niños. Presentía que había llegado con gran oportunidad. Saltaba alrededor de Peter loco de alegría.

Los chicos se animaron. *Scamper* era una excelente ayuda. Los gritos de la mujer habían atraído a los hombres. Los niños les oyeron preguntar a grandes voces:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué has gritado?

—Algo ha tropezado conmigo y ha bajado como un bólido a las mazmorras —repuso la mujer—. Creo que ha sido un animal, un perro seguramente.

De pronto, *Scamper* lanzó un aullido tan espantoso, que incluso a Peter, tan acostumbrado a oírle, le asustó.

—¡Cuidado con nuestro perro! —gritó el niño—. ¡Es capaz de destrozarnos si no nos dejáis en libertad en seguida!

—¡Decidnos dónde habéis puesto las pinturas y saldréis en seguida! —Fue la furiosa respuesta de los ladrones—. Si no lo decís, os tendremos encerrados ahí una semana entera.

—¿Creéis que nos asustáis? —dijo Peter—. Nuestros padres estarán buscándonos y pronto vendrán a salvarnos. Además, no nos importa estar aquí. Esto es una gran aventura para nosotros.

La verdad, sin embargo, era que ninguno de ellos estaba a gusto en los sótanos helados y oscuros.

Uno de los hombres decidió castigar a los muchachos y bajó las escaleras lanzando maldiciones con voz de trueno. Logró asustar a los niños, pero también enfureció a *Scamper*, lo cual no le favoreció lo más mínimo. El perro saltó sobre el hombre y le mordió en una pierna. El malhechor profirió un aullido y subió las escaleras a cien por hora.



Peter exclamó:

—¡Gracias, *Scamper*! ¡Eres un perro estupendo! ¡Cuánto me alegro de que nos hayas seguido esta noche! ¡Pobre! ¡Qué caminata has tenido que darte! ¡Eres un fiel amigo!

Pasó toda una hora sin que ocurriese nada de particular. ¿Qué estarían haciendo los hombres? ¿Comiendo?... ¿Buscando las pinturas?...

Los chicos no lo podían deducir. Entre tanto, se sentían muy felices de contar con la protección de *Scamper*.

—Sin él estaríamos perdidos —dijo Peter, que inmediatamente aguzó el oído y

exclamó—: ¿Oís? Algo ocurre... Se oyen ruidos, voces...

Todos escucharon. De pronto, *Scamper* lanzó un grito de alegría y se fue escaleras arriba tan de prisa como pudo.

—¡Ven aquí! —le ordenó Peter.

Pero *Scamper* no le hizo caso.

—Vayamos a ver qué ocurre —dijo Peter poco después—. No debe de haber nadie vigilando, ya que *Scamper* ha podido salir sin lucha.

Todos empezaron a subir las escaleras poco a poco. Como Peter había deducido, arriba ya no había nadie de guardia.

En el exterior ocurría algo extraordinario. Se oían gritos, jadeos, pies que se arrastraban.

Scamper estaba en medio del barullo, ladrando y mordiendo a todo el que se le ponía por delante.

—¡Pronto, Peter! ¡Enciende la linterna!

Sanos y salvos

Peter encendió su linterna y enfocó el lugar del tumulto. Dio un salto de sorpresa.

—¡Papá! ¿Cómo has sabido que tenías que venir? ¡Y también ha venido Matt! ¡Mirad: está aquí mi padre, el jardinero y Matt! ¡Y han capturado a esos tres tipos!

Las linternas alumbraban a los seis hombres y al enfurecido *Scamper*. De la mujer, ni rastro. Seguro que había huido al empezar el jaleo.



—Vendréis con nosotros —gruñó con voz ronca Matt.

El forzado pastor estaba disfrutando de lo lindo. Manejaba toros, carneros, vacas y caballos; dominaba a los más poderosos animales. ¿Cómo no había de ser fácil para él dominar a aquellos tres hombres, y más aún teniendo la ayuda del jardinero y del padre de Peter?

—¡Oh, papá! ¿Cómo supiste que necesitábamos ayuda? —preguntó Peter, mientras su padre apretaba el brazo de uno de los hombres, que pretendía huir—. No pudimos pedirnos socorro con las linternas.

—¡Hola, Peter! ¡Gracias a Dios que estáis todos sanos y salvos! Tenemos que conducir a estos hombres a su propio coche para que Matt los lleve a la comisaría. Estoy seguro de que allí les darán cobijo de buen grado. Encontramos su automóvil en el camino, a punto de ponerse en marcha. También vimos vuestras bicicletas medio ocultas bajo el seto, en el cruce.

—¡Oh, papá! ¡No puedo creer que estés aquí! —exclamó Peter, en una explosión de gratitud—. Supongo que Janet os habrá dicho que estábamos aquí. ¿Necesitáis ayuda para dominar a esos hombres?

—No. Lo que debéis hacer es buscar las pinturas. Son demasiado valiosas para que se queden escondidas en un lugar tan lúgubre. Estos individuos no han querido decirnos dónde están.

—Tal vez se las llevó la mujer —sugirió Matt mientras empujaba al hombre alto

—. Salió corriendo como una liebre.

—No, no se las llevó —aseguró Peter—. Yo sé dónde están. Ahora mismo las traeremos.

Peter y sus compañeros echaron a correr ladera abajo, iluminándose con sus linternas. Iban en busca de los rollos de pinturas.

¿Dónde estarían? ¿Las habría encontrado la mujer?

No, allí estaban, al pie de la pendiente, sin haber sufrido el menor daño.

—¡Estupendo! —exclamó Peter, agachándose a coger una de las telas.

Los muchachos las recogieron todas en un abrir y cerrar de ojos y corrieron hacia el lugar donde el padre de Peter y sus dos acompañantes obligaban a los ladrones a subir a su auto.

Éstos se quedaron boquiabiertos al ver llegar a los cuatro niños con los lienzos enrollados.



El coche en que estaban encerrados los tres malhechores partió conducido por Matt.

El padre de Peter se fue hacia su auto, acompañado del jardinero.

—Vosotros, muchachos, iréis en vuestras bicicletas, ¿verdad? —preguntó el padre

de Peter—. ¿Qué hacemos de *Scamper*?

—¡Llévatelo en el coche, papá, por favor! —suplicó Peter, levantando al pobre animal—. Ha venido corriendo hasta aquí y tiene que estar cansadísimo.

Scamper agradeció que le llevaran en coche casa. El padre de Peter colocó cuidadosamente los preciosos paquetes fuera de su alcance y emprendieron la marcha ladera abajo, detrás del otro coche de los prisioneros.

¡Qué reunión tan feliz celebraron los Siete Secretos al llegar a casa! Las muchachas y la madre de Peter les dispensaron un gran recibimiento. Esperaban impacientes el relato de sus grandes aventuras, que al fin escucharon con gran emoción.

—¡Qué aventura tan estupenda! —dijo Janet, con los ojos brillantes—. ¡Cuánto me hubiera gustado ir! ¿Qué dirán Sussy y Binkie cuando sepan todo esto? Ahora que caigo: ¿habéis encontrado el catalejo? Supongo que esos hombres lo tendrían oculto en algún rincón del castillo.

—No, no hemos encontrado nuestro querido catalejo —dijo Jack—. ¡Oh! Nos hemos olvidado de preguntar a los ladrones dónde escondieron ese aparato al que debemos la emocionante aventura que hemos corrido.

—Ya está papá de vuelta —dijo Peter al oír la puerta, los ladridos de *Scamper* y los pasos de su padre en la escalera.

Peter abrió la puerta de la sala y *Scamper* saltó sobre él lleno de alegría.

—Papá, estamos todos aquí. Mamá está con nosotros. ¡Oh, papá! ¡Cuánto te agradecemos que hayas venido a rescatarnos! No pudimos hacer ninguna señal con la linterna; de modo que si no hubieras venido todavía estaríamos en esas horribles mazmorras. ¡Qué emocionante ha sido todo!

—Permítame una pregunta —dijo Jack—. ¿Hablaron los ladrones del catalejo? No cabe duda de que lo robaron al saber que lo utilizábamos para observar el castillo.

—Sí, han confesado que lo robaron —repuso el padre de Peter—, pero siento decirte que no lo llevaron al castillo. Lo tiraron al río, sencillamente.

—¡Dios mío! —exclamó Jack, profundamente apenado—. ¡Era tan bonito y tan útil! No sé cómo podré pasar sin él. Nunca tendré otro juguete tan maravilloso.

—Sí que lo tendrás, Jack —dijo el padre de Peter—. Se ofreció una recompensa para el que recuperase las pinturas desaparecidas. La recompensa es importante, y como se entregará a los Siete Secretos, en la próxima reunión recibirás el dinero suficiente para comprarte un magnífico catalejo, y aún sobrará para que podáis celebrar unas buenas Navidades como seguramente deseáis.

—Y tú, *Scamper*, tendrás el hueso más grande que podamos encontrar —prometió Jack, acariciando la sedosa cabeza del perro.

—¡Oh! —exclamó Janet—. ¡Qué ganas tengo de que llegue el día de la próxima reunión! ¡Tenemos tantos planes a la vista!...

Te creemos, Janet... ¡Ah, cómo nos gustaría escuchar vuestras discusiones secretas, asistir a vuestro debate sobre la manera de gastar el dinero de la

recompensa! Un hermoso catalejo para Jack y Sussy, un hueso para *Scamper*, una espléndida Navidad para todos... Estamos seguros de que vuestro próximo santo y seña será «Pinturas». ¿Nos equivocamos, Peter?



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían en sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsi, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es más corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.